

Editorial Gustavo Gili, SL
Vía Laietana 47, 2º, 08003 Barcelona, España.
Tel. (+34) 93 322 81 61
Valle de Bravo 21, 53050 Naucalpan, México.
Tel. (+52) 55 55 60 60 11

Historia de la forma urbana

Desde sus orígenes
hasta la revolución industrial

A mis padres, y a Pat, Sarah, Joanna y Johathan

Título original: *History of Urban Form. Before the Industrial Revolutions*, segunda edición publicada originalmente por Longman Group UK Ltd. en 1979

Versión castellana: Reinald Bernet
Diseño de la cubierta: Toni Cabré/Editorial Gustavo Gili, SL,
Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Editorial no se pronuncia ni expresa ni implícitamente respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

© A. E. J. Morris, 1979
y para esta edición:
© Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 1984, 2018

Printed in Spain
ISBN: 978-84-252-3089-9
Depósito legal: B. 7210-2018
Impresión: Gráficas 92, SA, Rubí (Barcelona)

Índice

Prefacio	7
Introducción	9
1. Las primeras ciudades	11
2. Ciudades estado griegas	35
3. Roma y el Imperio	58
4. Ciudades medievales	103
5. El Renacimiento: Italia establece un modelo	183
6. Francia: siglos ^{xvi} al ^{xviii}	226
7. Panorámica del desarrollo urbano en Europa	263
8. Gran Bretaña, del siglo ^{xvi} a mediados del siglo ^{xix}	293
9. España y su imperio: siglos ^{xv} al ^{xviii}	349
10. El desarrollo urbano en Estados Unidos	408
Apéndices	
A. China	467
B. Japón	469
C. Mandalas hindúes	476
D. La teoría de Nueva Obsidiana, de Jane Jacobs	478
E. Planos comparativos de ciudades	482
Agradecimientos	484
Bibliografía	486
Índice de nombres y de conceptos	488
Índice geográfico	493

Prefacio

Este estudio constituye la mejor historia general del planeamiento y desarrollo urbano en un solo tomo publicada hasta el momento y creo que es poco probable que se escriba otra mejor. Apoyándose hábilmente en varios estudios monográficos de otros autores sobre países o períodos concretos, A. E. J. Morris ha añadido a estos los resultados de sus propias investigaciones y observaciones, y ha conseguido lo que parecía imposible: lograr una obra completa y concisa al mismo tiempo.

Las citas cuidadosamente seleccionadas de diversas autoridades en la materia que aparecen junto al texto son de una claridad y sencillez admirables y proporcionan comentarios adicionales o contrarrestantes a los temas que el autor ha escogido tratar. Las numerosas ilustraciones —muchas de ellas dibujadas especialmente para esta ocasión— facilitan la comprensión del texto y son igualmente útiles para el lector.

Esta *Historia de la forma urbana* es el libro ideal para todos aquellos que busquen un tratamiento introductorio a la historia del planeamiento urbano y del crecimiento físico de las ciudades. Los estudiantes más avanzados pueden leerlo asimismo con provecho a causa de las nuevas interpretaciones que el autor establece sobre temas conocidos y de la perspicacia con que aborda los comentarios sobre las ciudades tratadas, adquirida en investigaciones de primera mano.

John W. Reps
Departamento de Desarrollo y Planeamiento Urbano
Escuela de Arquitectura, Arte y Urbanismo, Cornell University

Introducción

La historia urbana se ha convertido en un tema de importancia creciente en los últimos años. Ello se debe en parte a que, a lo largo y ancho del mundo urbanizado, la gente de toda condición social va tomando conciencia del papel primordial que puede desempeñar en los procesos de planeamiento, para los cuales la valoración crítica del pasado es un punto de partida esencial; y también en parte a que existe un amplio y creciente interés por los asuntos de la historia local, que necesariamente deben enmarcarse en un trasfondo general. Por consiguiente, esta *Historia de la forma urbana* ha sido escrita para estudiantes de las escuelas de arquitectura y para todos aquellos interesados en el estudio del tema.

Por esta razón, si bien mi preocupación primera como arquitecto y urbanista ha sido llevar a cabo una descripción pormenorizada de los ejemplos de morfología urbana más significativos a nivel internacional, he puesto de relieve, del modo más simple que me ha sido posible, aquellos hechos y circunstancias (en particular las “políticas de planeamiento”) que han tenido mayores efectos en la determinación de la forma física de pueblos y ciudades y que deben quedar claras si partimos de la base de que la historia urbana no tiene por qué ser solamente un lujo académico.

Me he mantenido y reafirmado, por tanto, en mi intención primera de concentrarme en los resultados de los procesos de planeamiento urbano, sobre todo mediante la inclusión de una veintena de planos de ciudades del siglo XIX. Estos planos no solo ofrecen una gran riqueza de detalles, sino que además constituyen hermosas obras por derecho propio. Asimismo, es muy notable el número de fotografías y de vistas históricas de ciudades.

La presente obra empezó a cobrar forma cuando impartía las primeras clases sobre la materia, al reparar en que las historias urbanas existentes adolecían de ciertas carencias en algunos aspectos clave; en particular olvidaban relacionar los ejemplos del diseño de detalle o determinadas partes de las ciudades a sus respectivos contextos urbanos contemporáneos. Paulatinamente la idea fue evolucionando hacia

Si podéis hacer frente a la perspectiva de renunciar a los juegos públicos, comprad una casa de propiedad en el campo. Lo que os cueste no ascenderá a más de lo que pagáis aquí de renta anual por una miserable buhardilla mal iluminada. Un jardín añadido a la propia casa y un pozo con una alberca poco profunda que os evitará extraer y acarrear agua cuando vuestras plantas necesiten ser regadas...

El insomnio causa más víctimas entre los romanos enfermos que cualquier otro factor (las dolencias más comunes son, por supuesto, la acedia y las úlceras, contraídas por los excesos en el comer).

¿Cuántos de entre vosotros, os pregunto, podéis conciliar el sueño en vuestros alojamientos? Dormir toda la noche de un tirón —y esto es lo esencial del problema— es privilegio de los ricos. El ruido ensordecedor de los carros atravesando esas estrechas y serpenteantes calles, las blasfemias de los carreteros atrapados en un atasco del tráfico; esto solo bastaría para sobresaltar al más amodorrado de los manatíes del emperador desvelándolo para siempre.

Juvenal, *Sátiras*

¿Es la ciudad un triunfo natural del instinto gregario sobre la humanidad y, por tanto, una necesidad transitoria, residuo de la infancia de la raza, que desaparecerá cuando se desarrolle la humanidad? ¿O acaso la ciudad es solo una forma persistente de enfermedad social que se manifiesta en el destino que han tenido todas las ciudades? La civilización siempre pareció necesitar una ciudad. La ciudad expresaba, contenía y trataba de conservar lo que la flor de la civilización que la construyó más quería,

si bien estaba siempre infestada por los peores elementos de la sociedad, del mismo modo que un muelle está infestado por las ratas. Así, se puede afirmar que la ciudad ha servido a la civilización. Pero las civilizaciones que construyeron la ciudad murieron invariablemente con ella. ¿Murieron esas mismas civilizaciones a causa de ella? La aceleración precedió inevitablemente esa decadencia. Esa forma de aceleración se presenta en general antes del ocaso y aún cuando no sea tal vez la causa de la muerte, es un síntoma peligroso. Una temperatura de 41° en las venas y arterias de cualquier ser humano se consideraría una aceleración peligrosa para la vida... Creo que la ciudad, tal como la conocemos actualmente, está condenada a morir. Estamos presenciando la aceleración que precede a la disolución.

Frank Lloyd Wright,

El futuro de la arquitectura

¿Cuál será la futura fase de desarrollo urbano de la gran ciudad? Respecto a esta cuestión, la discrepancia es clara y definida, especialmente en Estados Unidos, donde la mecanización se encuentra en un estadio mucho más avanzado que en Europa. Según unos, la metrópolis no tiene ya salvación y debe disgregarse; según otros, en lugar de destruirse, la ciudad debe transformarse con arreglo a la estructura y al espíritu de nuestro tiempo... [Este punto de vista] responde asimismo a la convicción de que el hombre no puede separarse de la naturaleza y, por tanto, que la ciudad no puede continuar existiendo en su forma presente. Pero advierte al mismo tiempo que la ciudad es algo más que un fenómeno contemporáneo y pasajero. La ciudad es el resultado de muchas culturas diferentes en multitud de períodos distintos. Así pues, la cuestión de su vida o de su muerte no puede resolverse simplemente sobre la base de la experiencia o de las condiciones actuales. La ciudad no puede ser condenada a la extinción simplemente porque se haya hecho mal uso de ella desde el advenimiento de la industrialización o porque su estructura general haya sido incapaz de asimilar la invasión de una innovación técnica, el automóvil. La pregunta debe formularse desde un punto de vista más amplio y deben abrirse otros interrogantes: ¿están las ciudades relacionadas con cualquier género de sociedad y civilización, o son un fenómeno eterno basado en las relaciones mutuas entre los hombres a pesar de la interferencia de la mecanización? Yo estoy convencido de que la ciudad como institución es innata de cada cultura y de cada época.

Sigfried Giedion,

Espacio, tiempo y arquitectura

una historia general completa que debería incluir tantos planos como fuera posible, al tiempo que tenía en cuenta la disponibilidad de información y, en cierta medida, mis preferencias personales. El título de la obra refleja lógicamente el hecho de que la gran mayoría de los lugares urbanos considerados nunca fueron “proyectados” y que escribir acerca de la historia del “planeamiento” urbano o del “urbanismo” hubiera sido inexacto, si no erróneo.

Este estudio trata exclusivamente de ese período de la historia urbana que puede considerarse como esencialmente histórico: desde los orígenes de los asentamientos urbanos hasta el advenimiento de la Revolución industrial en Europa (aunque esta se produjo en fechas diferentes) y hasta la fecha análogamente adecuada de la Guerra de Secesión de 1861, en el caso de Estados Unidos. Se ha seguido la sucesión tradicional de períodos históricos: los orígenes de los asentamientos urbanos, las ciudades estado griegas, Roma y el imperio, la época medieval, el Renacimiento y los períodos subsiguientes en Italia, Francia, Europa en general, Gran Bretaña y España y su imperio; y, por último, un capítulo sobre la historia del desarrollo urbano en Estados Unidos. Sobre Japón y otras diversas partes del mundo se da cuenta de modo más resumido en los apéndices.

Se ha tenido una preocupación primordial por llamar la atención del lector sobre obras especializadas con la esperanza de que este libro estimulará su interés por ampliar y profundizar en el tema. Se ha recurrido a una compaginación a dos columnas con un texto principal y otro secundario que permitía incluir extensas citas de fuentes históricas relacionadas con la cuestión, así como de historias urbanas generales o especializadas. Los fragmentos que acompañan a esta introducción ilustran este uso a modo de artículos sueltos complementarios del texto ofreciendo una variedad de opiniones independientes sobre cada tema.

Esta *Historia de la forma urbana* fue escrita inicialmente en una aldea de Hampshire y es desde esa misma base rural desde donde continuó observando el panorama urbanístico internacional.

A. E. J. Morris

Lower Froyle, Hampshire, Reino Unido

Mayo de 1979

1. Las primeras ciudades

En la evolución histórica de las primeras civilizaciones urbanas y de sus ciudades es posible distinguir tres fases principales. Cada una de estas comportó “innovaciones radicales y realmente revolucionarias en el ámbito económico, en los métodos por los que las sociedades más progresistas aseguran su subsistencia; cada una de dichas fases dio lugar a aumentos de población que, de disponer de estadísticas fiables, a cada una le correspondería un notable salto en la curva demográfica”¹.

La primera de estas fases cubre todo el Paleolítico, desde sus orígenes, hace medio millón de años, hasta 10000 a. C., seguido por el Mesolítico y el Neolítico. Estos, a su vez, conducen a la cuarta fase, la Edad de Bronce, que se inicia entre 3500 y 3000 a. C. y dura unos 2.000 años. Durante este último período se establecieron firmemente las primeras civilizaciones urbanas.

En su excelente libro *The First Civilisations*,² Glyn Daniel afirma que “gracias a la arqueología conocemos el lugar y el momento en que surgieron las primeras civilizaciones: en el sur de Mesopotamia, en Egipto, en el valle del Indo, en el río Amarillo en China, en el valle de México, en las junglas de Guatemala y Honduras y en las costas y altiplanos de Perú. No las denominaremos civilizaciones primarias, pues esto nos obligaría a referirnos a Creta, Micenas, los hititas y Grecia y Roma como civilizaciones secundarias, y el término secundario parece tener una connotación peyorativa. Preferimos hablar de las primeras civilizaciones, las más tempranas”. La fig. 1.3 muestra la ubicación geográfica de estas siete civilizaciones urbanas primigenias y las relaciona con las regiones agrícolas más tempranas, conocidas o supuestas.³

Como muestra el cuadro cronológico adjunto, las siete civilizaciones surgieron en momentos muy distintos. Las tres primeras —Mesopotamia, Egipto e India, en el supuesto orden de aparición— son las denominadas culturas “muertas” a partir de las cuales se desarrolló la civilización occidental. Aunque sus orígenes son mucho más recientes que el de la civilización china, que sigue a las anteriores en antigüedad, las tres culturas americanas —mexicana, centroamericana y peruana— son asimismo civilizaciones muertas: brutalmente destruidas en

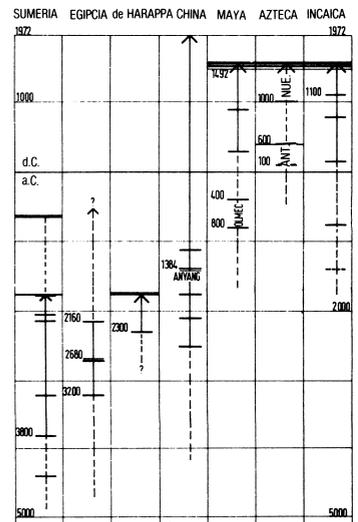


Fig. 1.1. Cuadro que muestra los períodos cronológicos comparados de las siete primeras civilizaciones.

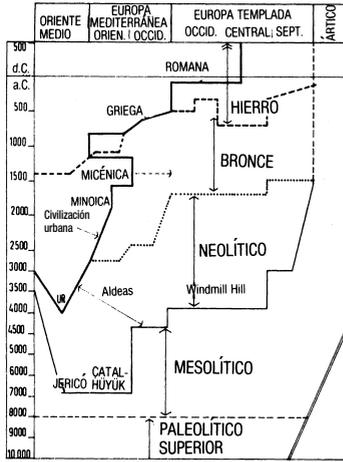


Fig. 1.2. Cuadro que muestra los periodos cronológicos comparados del Neolítico y de otras culturas contemporáneas en Oriente Medio y Europa.

Es imposible llegar a establecer la cifra exacta de la población mundial en épocas remotas, pues no se dispone de datos fehacientes. No obstante, los científicos han intentado determinarla con la máxima precisión posible. Esta es una estimación reciente, forzosamente aproximada (Deevey, E. S., "Human Population", Scientific American, septiembre de 1960, págs. 195-196):

Población mundial en la Prehistoria
 Paleolítico Inferior (hace un millón de años): 125.000 habitantes
 Paleolítico Medio (hace 300.000 años): 1.000.000 habitantes
 Paleolítico Superior (hace 25.000 años): 3.340.000 habitantes
 Mesolítico (hasta hace 10.000 años): 5.320.000 habitantes

Aun cuando estas cifras fueran correctas tan solo en parte, resultaría que existían poco más de cinco millones de seres humanos cuando la etapa de caza y recolección de alimentos de la existencia humana alcanzó su pleno desarrollo. El prolongado y lento aumento de población se debió a las mejoras introducidas en las armas y las técnicas de caza y a la mayor eficacia de los métodos para hacer frente a las inclemencias del clima, a los animales predadores y a otras amenazas naturales que pesaban sobre la existencia. La obtención de alimento en cantidades mayores permitió la supervivencia de más seres humanos y mejores condiciones para la procreación.

Philip van Doren Stern,
Prehistoric Europe

sus respectivos estadios de desarrollo o declive por los conquistadores españoles entre 1519 y 1533. Allí, en pleno siglo XVI, "Europa encontró, si no su propio pasado, al menos una forma de su propio pasado",⁴ donde, por ejemplo, la tecnología del metal estaba muy poco desarrollada o aún por descubrir.

China constituye una fascinante excepción. Desde sus orígenes, en la cuenca del río Amarillo a finales del tercer milenio a. C., su cultura ha perdurado hasta el siglo XX sin interrupción. Más aún, durante el siglo VIII d. C. —uno de los momentos culminantes de su poder e influencia— la civilización urbana china fue introducida en Japón, donde hasta entonces solo había habido asentamientos agrícolas.

El presente capítulo tratará de los orígenes de los asentamientos urbanos en Mesopotamia, Egipto e India. En el apéndice A y en el cap. 9 se dan unas descripciones más breves de los orígenes urbanos en China, México, América Central y Perú. El apéndice B resume la historia del Japón urbano, desde los orígenes de las primeras ciudades hasta su propia revolución industrial, iniciada en la segunda mitad del siglo XIX (los orígenes urbanos en Europa en general y de las islas británicas en particular se tratarán en el cap. 4 como parte de los antecedentes de la época medieval).

En algunas partes del mundo, sobre todo en Norteamérica, Asia y Oceanía, la cultura urbana fue introducida en territorios deshabitados o impuesta a pueblos esencialmente primitivos, donde todavía existían sociedades aisladas que no han avanzado más allá de la fase paleolítica.

Este capítulo parte de la base de que el desarrollo de la agricultura fue un requisito previo esencial para el nacimiento de los asentamientos urbanos. Hasta hace poco este punto de vista no había sido seriamente cuestionado. Sin embargo, Jane Jacobs sostiene la tesis contraria en *La economía de las ciudades*: que "el dogma de la primacía agrícola es tan peregrino como la teoría de la generación espontánea" y que en realidad "la agricultura y la ganadería surgieron en las ciudades". Se deduce, por tanto, que "las ciudades debieron preceder a la agricultura".⁵ Es probable que Jane Jacobs concibiera su teoría para responder a ciertos descubrimientos arqueológicos recientes en Anatolia que muestran que, en varios aspectos, Çatal Hüyük poseía al parecer un estatus de "ciudad" hacia el séptimo milenio a. C., o incluso antes, tres milenios antes de los comienzos de la civilización urbana sumeria. (Jericó también ha suscitado controversias en cuanto a su temprano estatus urbano y se describe, junto Çatal Hüyük, en otra parte de este mismo capítulo.)

Una crítica detallada de esta tesis, presentada con convicción pero decididamente sospechosa, no reviste importancia inmediata para las conclusiones de este capítulo; nuestro interés principal se centra en mostrar la forma de las primeras "ciudades" o "pueblos". En tanto que hecho arqueológico, la forma urbana en sí no se ve afectada por esta polémica. Sin embargo, las revoluciones neolítica y urbana revisten tal importancia que no podemos desechar sin más la argumentación de Jane Jacobs, por lo que en el apéndice D se recoge una réplica a la misma.

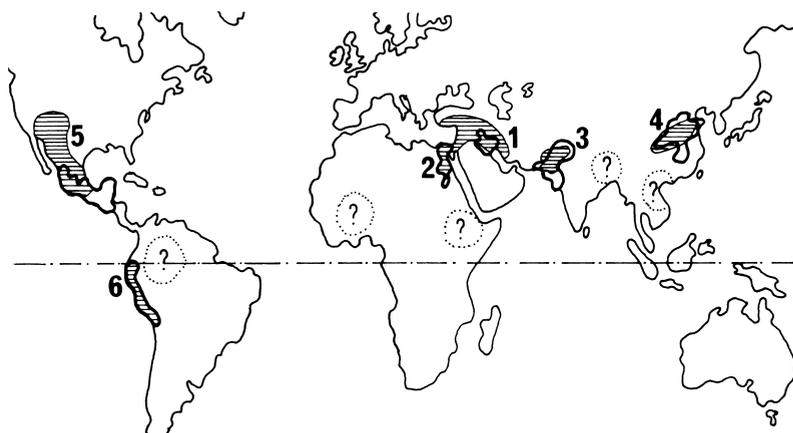


Fig. 1.3. Situación geográfica de las primeras civilizaciones (delimitadas por una línea de trazo grueso) en relación a la situación de las más tempranas comunidades agrícolas conocidas (áreas rayadas) y otros hipotéticos centros agrícolas tempranos. 1, Mesopotamia meridional (civilización sumeria); 2, valle del Nilo (Egipto); 3, valle del Indo (cultura de Harappa); 4, río Amarillo (Shang); 5, Mesoamérica (azteca y maya); 6, Perú (incaica).

Los primeros asentamientos

Las primeras criaturas de forma humana aparecen hace quizás un millón de años y “se dispersan desde Inglaterra hasta China, y desde Alemania hasta el Transvaal”.⁶ Se considera que alrededor de 25.000 años a. C. la evolución física y orgánica del *Homo sapiens* llegó a su fin y empezó el proceso moderno de evolución cultural.

Desde su primera aparición hasta el inicio del Neolítico, el ser humano subsistía de formas muy similares a la de los otros animales, recolectando alimentos que encontraba en la naturaleza —bayas, frutos, raíces y frutos secos— y algo más tarde alimentándose de otros animales (caza y pesca). La unidad social era la familia, pero la sociedad era nómada por necesidad; tenía que desplazarse constantemente en busca de nuevas fuentes de alimento y llevar consigo sus escasos enseres de un primitivo refugio temporal a otro. No hubo unidad física permanente hasta aproximadamente 140.000 años a. C. cuando “al aproximarse la última gran glaciación, los seres humanos estaban lo suficientemente equipados como para desalojar a otros pobladores de sus cuevas y encontrar en ellas cobijo, que por primera vez serán verdaderas viviendas”.⁷ Sin embargo, el tiempo de permanencia en tales refugios estaba determinado por la continuidad en la disponibilidad de alimentos en los alrededores de la “vivienda”.

Vere Gordon Childe observa que esta economía de recolección corresponde a lo que Lewis H. Morgan⁸ llamó Período Salvaje y que “proporcionó la única fuente de subsistencia a la sociedad humana durante casi el 98 % de la permanencia del ser humano en este planeta”,⁹ una economía que imponía un límite al índice de población que estaba en relación directa con las condiciones climáticas y geológicas reinantes. Childe ha cifrado la población de las islas británicas alrededor de 2000 a. C. en no más de 20.000 individuos, llegando hasta un máximo de 40.000 durante la Edad de Bronce. En Francia la cultura magdalenense (15.000-8.000 a. C.), con unas fuentes de alimentación iniciales excepcionalmente favorables, tuvo una densidad de población máxima de 0,4 hab./km², con un promedio general que oscilaba aproximadamente entre 0,04 y 0,08.¹⁰ Otros ejemplos citados por Childe indican que “se cree que en todo el continente australiano la población

Aunque por conveniencia a menudo se hace referencia al Neolítico como época, este no se limita a ningún período de tiempo en particular, sino que su duración varía en las diferentes zonas. En algunos casos, los hombres seguían dependiendo de la caza, la pesca y la recolección mientras sus vecinos más avanzados practicaban una economía neolítica. De modo similar, los pueblos neolíticos de determinadas zonas seguían empleando utensilios de piedra mucho después de que otros utilizaran herramientas y armas de bronce o hierro. De hecho, el término “Neolítico” implica simplemente que la producción de alimentos se basaba en la agricultura y la ganadería, sin que se conociera la tecnología de los metales. Aunque no cabe duda de que el Neolítico supuso una “revolución” en el modo de vida del ser humano, se ha sugerido que el término “evolución” sería más apropiado puesto que la transformación tuvo lugar de manera gradual. Las investigaciones recientes han demostrado que existían comunidades parcialmente sedentarias, desde 8900 a. C., entre pueblos antes calificados de mesolíticos, y a los que hoy se suele hacer referencia como protoneolíticos. El desarrollo de la plena producción alimenticia fue más una evolución que una revolución repentina; sin embargo, es indudable que las consecuencias de este cambio fueron revolucionarias en el más amplio sentido de la palabra.

Sonia Cole,
The Neolithic Revolution

aborigen nunca ha sobrepasado los 200.000 habitantes, con una densidad de solo 0,01 hab./km²;¹¹ mientras que para las praderas norteamericanas cita la estimación de Alfred L. Kroeber de que “la población cazadora no debió sobrepasar los 0,04 hab./km²”¹²

En algún momento, entre 8.000 y 10.000 años atrás, la humanidad empezó a ejercer cierto tipo de control sobre la producción de alimentos mediante el cultivo sistemático de ciertas especies de plantas, sobre todo las semillas comestibles de gramíneas silvestres, antecesoras de la cebada y del trigo, y la domesticación de animales. “La salida de la situación a que estaba abocado el Período Salvaje constituyó una revolución económica y científica que convirtió a los partícipes de esta en socios activos de la naturaleza, dejando de ser parásitos de esta”¹³ La revolución agrícola neolítica transformó la economía confiriéndole una base creciente en la producción de alimentos, permitiendo que la unidad social se ampliara, aunque solo fuera de modo marginal, hasta alcanzar la del clan.

A partir de este momento, la permanencia en un lugar de residencia estable tuvo muchas más posibilidades, al tiempo que la unidad física pasaba a ser la aldea, aunque los primeros asentamientos no fueran más que un grupo de chozas rudimentarias. Morgan denomina Período Bárbaro a este estadio del desarrollo de la civilización.

El ser humano neolítico no logró la producción controlada de alimentos únicamente con su esfuerzo. Por el contrario, hay evidencias que apuntan hacia el hecho de que, tal vez abandonado a su propia suerte, “el *Homo sapiens* hubiera continuado siendo un animal raro, como de hecho lo es el salvaje”¹⁴ El paso decisivo que finalmente condujo a la civilización urbana tuvo que esperar el estímulo externo de los cambios climáticos que tuvieron lugar al final del último período glacial, hacia el 7000 a. C. La fusión de las vastas masas de hielo del norte “no solo convirtió las estepas y tundras de Europa en bosques templados, sino que inició también la transformación de las praderas al sur del Mediterráneo y Oriente Próximo en desiertos jalonados por oasis”¹⁵

En estas praderas, “cuando el norte de Europa era todavía una tundra o incluso una superficie permanentemente helada [...] crecían gramíneas silvestres que, mediante el cultivo, pasaron a ser nuestros trigos y cebadas; las ovejas y el ganado apto para la domesticación vagaban libremente. En tal entorno las sociedades humanas podían adoptar con éxito una actitud agresiva hacia la naturaleza que las ro-

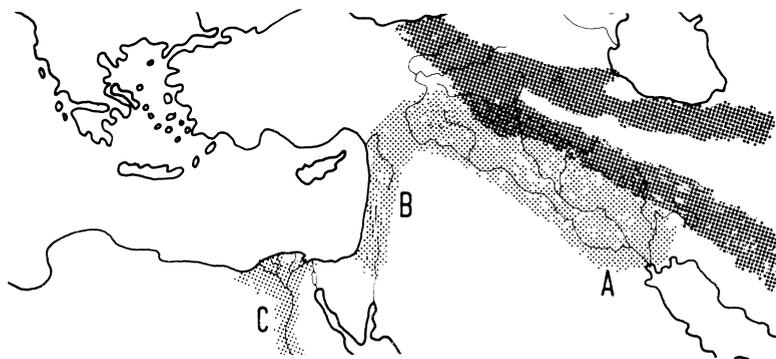


Fig. 1.4. Mapa de Oriente Próximo que muestra el “creciente fértil”, en sombreado claro, y los antiguos yacimientos de cobre, en sombreado oscuro. A, Mesopotamia meridional, valles del Tigris y del Éufrates; B, Palestina; C, Egipto, valle y delta del Nilo.

deaba y proceder a la explotación activa del mundo orgánico. La cría de ganado y el cultivo de plantas constituyeron el primer paso revolucionario en la emancipación del ser humano de su dependencia del medio ambiente”¹⁶

Generalmente se acepta que las condiciones favorables para la revolución agrícola se dieron inicialmente al sur y al este del Mediterráneo, en el área conocida como el “creciente fértil”, término introducido por James Breasted,¹⁷ y sinónimo de la expresión “cuna de la civilización”. Esta zona fértil, con la cual están relacionadas todas las civilizaciones primero rurales y posteriormente urbanas del Oriente Próximo y Medio, aparece con un sombreado claro en la fig. 1.4. La zona tiene forma de hoz y parte del extremo septentrional del golfo Pérsico, extendiéndose en dirección norte hacia las fuentes montañosas del Tigris antes de girar al oeste atravesando el río Éufrates. Desde allí describe un arco a través de Siria y los valles y las llanuras de Palestina, quedando interrumpida por el desierto del Sinaí, pero el amplio delta y el estrecho valle del Nilo forman una sustancial prolongación hacia el interior de Egipto en dirección sur.

En Mesopotamia la relación de los asentamientos neolíticos “se inicia en los pequeños oasis de estepas y mesetas. A pesar de la amenaza de sequía, las dificultades de dominar la tierra fueron menos arduas en estos lugares que en las llanuras aluviales de los ríos principales”¹⁸

Hacia 5500 a. C., después de al menos tres milenios de lento desarrollo, existían comunidades agrícolas firmemente establecidas en las tierras más elevadas, comunidades que fueron descendiendo gradualmente hacia los valles del Tigris y del Éufrates a medida que se secaban los depósitos aluviales y mejoraban las técnicas, especialmente las de regadío.

H. W. Fairman menciona que en Merimde, Egipto, al noroeste del delta, “tal vez en época tan lejana como 4000 a. C., el asentamiento primitivo ocupaba una superficie de 550 × 365 m como mínimo, y en una parte algunas de las chozas se encuentran dispuestas en dos hileras claramente definidas con un camino central”¹⁹

Se han descubierto otros lugares identificados como poblados neolíticos egipcios en El Fayum, a orillas de un lago al oeste del valle del Nilo, y que estuvieron ya firmemente consolidados durante la primera mitad del quinto milenio.

La Edad de Bronce

Antes de pasar a describir el proceso de transformación que experimentaron los asentamientos de la sociedad neolítica entre 3500 y 3000 a. C. hasta convertirse en las primeras ciudades —la “revolución urbana” de Childe—, es necesario dar una definición del concepto de ciudad. Gideon Sjoberg lo ha definido concisamente como “una comunidad de considerable magnitud y elevada densidad de población que alberga en su seno a una gran variedad de individuos especializados en tareas no agrícolas, incluyendo entre estos a una élite culta”²⁰

En esta definición se encuentran implícitos dos requisitos para la revolución urbana: primero, la producción de un excedente almace-

La mayor parte de las principales innovaciones tecnológicas de la Antigüedad se produjeron dentro del área limitada del Oriente Próximo y el extremo oriental del Mediterráneo, y nada más erróneo que imaginar que estas regiones eran en la Antigüedad como las conocemos hoy. Incluso en los últimos 10.000 años tuvieron lugar enormes transformaciones que nada tienen que ver con los cambios de población (migraciones o explosiones demográficas), ni con el reciente desarrollo de las ciudades, las carreteras y los ferrocarriles. Es mucho más esencial el hecho de que toda la ecología de la región ha experimentado cambios drásticos. Lo que hoy conocemos como llanuras abiertas y polvorientas o fértiles tierras de cultivo estuvieron hace más o menos 10.000 años densamente pobladas de bosques, en los cuales vivía una amplia variedad de animales salvajes. Esto no quiere decir que no existieran desiertos, sino más bien que muchas colinas que en la actualidad son estériles cordilleras rocosas estuvieron, al menos en parte, cubiertas de árboles, mientras que sobre los valles ribereños probablemente se extendían densos bosques.

Henry Hodges,
Technology in the Ancient World

nable de alimentos y otras materias primas por parte de un sector de la sociedad con el fin de mantener las actividades de los individuos especializados; segundo, la existencia de alguna forma de escritura, sin lo cual no puede establecerse un registro permanente de los acontecimientos y no es posible el desarrollo de las matemáticas, la astronomía y otras ciencias.

Hay otros requisitos que es necesario considerar, entre los cuales los principales son una organización social que garantice la continuidad de los aprovisionamientos a los individuos especializados urbanos y que controle las fuerzas de trabajo para obras comunitarias de envergadura, y una capacidad tecnológica que proporcione los medios para el transporte de materiales en bruto y aporte unas mejoras significativas a la naturaleza y a la calidad de los utensilios.

Como ha dicho Childe: “La posibilidad de producir el excedente necesario era inherente a la naturaleza misma de la economía neolítica; su materialización, sin embargo, precisó de aportaciones al caudal de ciencia aplicada que poseían los bárbaros, así como de una modificación en las relaciones sociales y económicas”.²¹

En el transcurso del cuarto milenio a. C. se reunieron los requisitos suficientes para llevar a cabo la revolución urbana, ya fuera por invención o descubrimiento. Citando de nuevo a Lewis Mumford: “Hasta donde alcanzan los conocimientos actuales, el cultivo de cereales, el arado, el torno de alfarería, la embarcación a vela, el telar, la metalurgia, las matemáticas abstractas, las observaciones astronómicas exactas, el calendario, la escritura y otros modos de discurso inteligible en forma permanente surgieron casi al mismo tiempo, hacia el 3000 a. C., siglo más o menos”.²²

El requisito indispensable para la revolución urbana es la producción de un excedente de alimentos. Por lo que se sabe, esto fue posible por primera vez en las llanuras aluviales del Tigris y el Éufrates.²³ Entre 4000 y 3000 a. C. —o tal vez antes—, algunas comunidades rurales de la baja Mesopotamia no solo aumentaron en tamaño sino que sufrieron cambios en su estructura. Estos procesos culminaron en las ciudades estado sumerias a partir de 3000 a. C., con sus decenas de miles de habitantes, sus complejas religiones, su estructura de clases política y militar, su tecnología avanzada y sus amplios contactos comerciales.

Los procesos agrícolas sobre los suelos aluviales dependían del regadío que se realizaba inicialmente en forma rudimentaria y en áreas muy localizadas, pero más tarde se recurrió a las obras de canalización y contención a gran escala, hecho este vinculado al advenimiento de las ciudades plenamente establecidas. “El territorio que más tarde se convertiría en Sumer carecía de piedra para la construcción e incluso de madera (exceptuando los troncos de palmeras), y la escasez de minerales era absoluta; su clima era seco y el régimen de sus ríos no daba lugar a crecidas anuales como las del Nilo. Y a pesar de todo, era una tierra de oportunidades”.²⁴

No se sabe a ciencia cierta cuándo se fundaron los primeros asentamientos en las tierras aluviales. Grahame Clark indica que “los primeros habitantes que nos son conocidos con cierto detalle son los pobladores de El Obeid, una humilde aldea situada en un exiguuo montículo o islote que se erigió sobre el aluvión del río en el valle del Éufrates. Estos

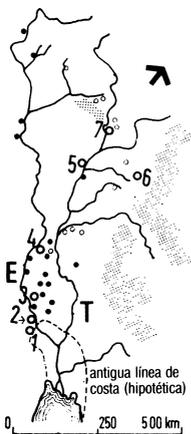


Fig. 1.5. Centros urbanos en Mesopotamia, las estribaciones montañosas aparecen sombreadas. 1, Eridu; 2, Ur; 3, Erech (todas ellas ciudades sumerias); 4, Babilonia; 5, Assur; 6, Arbela (Erbil); 7, Nínive; E, río Éufrates; T, río Tigris. La línea punteada representa el perfil de la costa hacia 2000 a. C.

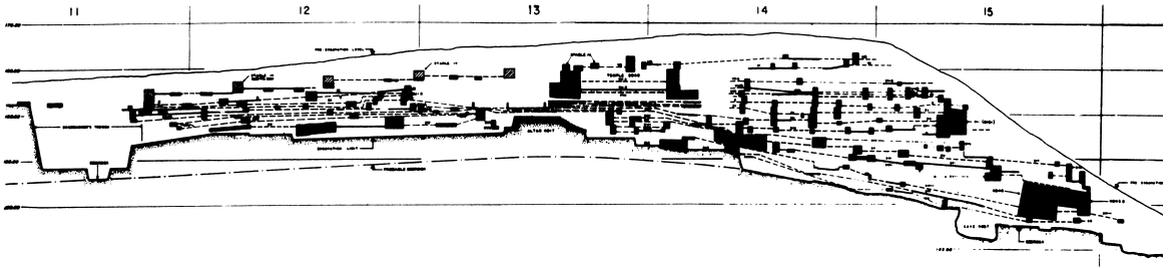


Fig. 1.6. Megiddo, en Palestina. Sección transversal del tell, mirando en dirección norte.

pueblos aparecen por primera vez en los anales arqueológicos hacia finales del quinto milenio²⁵

Hasta aproximadamente 2750 a. C., cuando Sargón fundó la ciudad de Agadé, cerca de Babilonia, como capital de un Estado sumerio unido, los principales asentamientos urbanos fueron ciudades estado efectivamente autónomas de las que “al menos 11 de ellas, incluyendo Ur, Erech, Larsa, Kish y Nippur, mantenían simultáneamente dinastías independientes y a veces en lucha abierta entre sí”.²⁶ A su vez la dinastía de Akkad fue derrocada y la ciudad de Ur asumió el control del imperio sumerio durante la tercera dinastía, entre 2110 y 2015 a. C. aproximadamente. Ur constituye el ejemplo más significativo de ciudad sumeria tanto por su importancia como capital de una de las dinastías como por la gran magnitud de las excavaciones llevadas a cabo en ese lugar. Ur está situada aproximadamente a medio camino entre el actual extremo septentrional del golfo Pérsico y Bagdad. Durante la tercera dinastía se encontraba a orillas del Éufrates (que ahora discurre unos 15 km al oeste) a pocos kilómetros del mar.

Antes de describir la ciudad de Ur, es preciso dar una breve explicación de la formación de los tells tanto en la Mesopotamia arcaica como en la historia urbana posterior. El término de origen preislámico

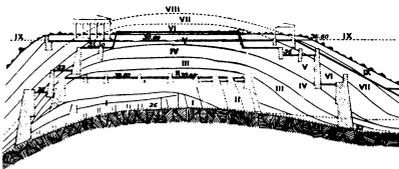


Fig. 1.7. Sección transversal del tell de Troya que muestra las diferentes fases en las cuales el nivel del “suelo” interior a las sucesivas murallas de fortificación fue elevándose gradualmente sobre el fondo rocoso.

tell se refiere a aquellos montículos claramente artificiales que como tales constituyen un elemento arqueológico característico de Irán, Irak, Palestina, Turquía, Rusia meridional y algunos lugares europeos muy determinados. Generalmente estos montículos han estado habitados hasta tiempos recientes; no obstante, son el resultado de la ocupación del lugar a lo largo de varios milenios. En efecto, se sigue viviendo en Erbil (la antigua Arbela, fig. 1.11) y en Kirkuk, o, en palabras de Glyn Daniel: “Tal vez debería decirse que se vive sobre tales lugares; han estado habitados de forma más o menos continua desde tiempos muy lejanos hasta la actualidad, desde hace quizá 6.000 u 8.000 años”.²⁷

Un *tell* se formaba por las sucesivas reconstrucciones de una ciudad sobre las ruinas de las anteriores. En Mesopotamia y en otros valles fluviales, la mayoría de los edificios se construían con ladrillos de adobe secados al sol, mientras que los ladrillos cocidos en hornos solo se utilizaban para revestir las murallas de las ciudades o en pa-

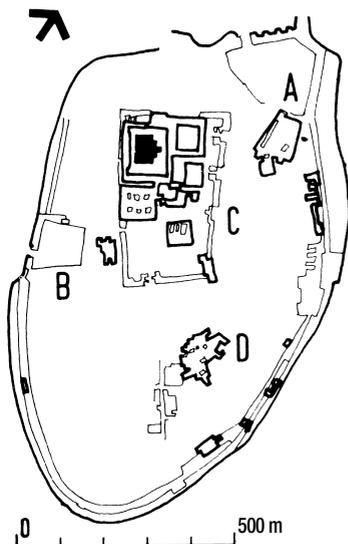


Fig. 1.8. Ur. Plano del trazado general del periodo 2100-1900 a. C. (tal como fue excavada por Leonard Woolley). La superficie urbana intramuros era de 89 ha y su población máxima pudo alcanzar los 35.000 habitantes. Se ha estimado una cifra de 250.000 habitantes para la totalidad de la población de la ciudad estado. A, puerto del norte; B, puerto del este; C, el *temenos* (véase fig. 1.9); D, barrio de viviendas de alrededor de 1900 a. C. (véase fig. 1.10). El cauce principal del Éufrates discurría a lo largo del lado occidental de la ciudad.

lacios y templos. La vida de una casa construida con adobe se reducía probablemente a unos 75 años, después de los cuales se desmoronaba por la acción de los agentes atmosféricos. Los cascotes se nivelaban y servían de cimientos a la nueva casa, con lo que se elevaba el nivel efectivo del suelo. Este proceso solía ser continuo; la ciudad se regeneraba célula a célula. En ocasiones también tenía lugar una reconstrucción total, probablemente después de una completa destrucción de la ciudad o de un periodo de desocupación.

Podemos señalar al respecto que el nivel actual del suelo de otras ciudades está situado a una altura considerable, muy por encima del nivel original, como consecuencia de procesos análogos; en Londres y Roma, entre otras muchas ciudades fundadas en la Antigüedad, son característicos los edificios históricos cuyas plantas bajas están por debajo de los niveles de las calles circundantes. Leonard Woolley indica que “los pavimentos de mosaico de la Londinium romana se encuentran entre 7 y 9 m por debajo de las calles de la City moderna”.²⁸ Tal como la describe Rodolfo Lanciani, la topografía misma de las colinas de Roma sufrió cambios radicales incluso antes de finalizar la Edad Antigua; la colina del Palatino, por ejemplo, fue cubriéndose de una “capa de escombros que oscila entre 2 y 20 m de grosor”.²⁹ En las ciudades abandonadas durante periodos prolongados el polvo se acumula de forma natural. Lanciani observa que “si el foro de Trajano, excavado por Pío VII (1800-1823), no fuera barrido una vez por semana, al final de cada año se encontraría cubierto por más de 2 cm de polvo, o lo que es lo mismo, por más de dos metros al cabo de un siglo”.³⁰

La civilización sumeria

Ur de los caldeos

El nivel mejor conservado de las ruinas de la ciudad corresponde al periodo de Ibin-Larsa, hacia 1700 a. C., cuya excavación describe Leonard Woolley en su fascinante obra *Ur, la ciudad de los caldeos*. En este periodo tardío el trazado conservaba la forma básica de la ciudad de la tercera dinastía y “las excavaciones efectuadas en otros lugares evidencian que Ur fue, en todos sus puntos esenciales, perfectamente representativa de las capitales del Estado sumerio desde el golfo Pérsico hasta Mari, en el curso medio del Éufrates”.³¹

En la ciudad de Ur correspondiente a la tercera dinastía se distinguen tres partes fundamentales: la antigua ciudad amurallada, el *temenos* (o recinto sagrado) y la ciudad exterior. La ciudad amurallada tenía forma ovalada irregular, de unos 1.200 m de longitud por 800 m de anchura. Se erguía sobre el montículo formado por las ruinas de las edificaciones precedentes; el Éufrates discurría por el lado oeste y un amplio canal navegable la rodeaba por el norte y el este. Dos puertos situados al norte y al este proporcionaban fondeaderos protegidos, y es posible que un canal menor atravesara el área urbana.

La muralla de fortificación se construyó durante los 18 años que duró el reinado de Ur-Nammu, el fundador de la tercera dinastía. Leonard Woolley la describe “de una altura de 8 m o más por encima de la

llanura; servía de muro de contención a la plataforma sobre la que se levantaban los edificios de la ciudad. La estructura de la muralla estaba toda ella construida en adobe, y en su base tenía un espesor de no menos de 23 m. El muro propiamente dicho, construido de ladrillo cocido, que coronaba toda la subestructura, ha desaparecido, al menos en los puntos en que se han efectuado las excavaciones, pero a juzgar por el tamaño extraordinariamente grande de los ladrillos empleados, debió constituir una estructura de gran solidez”³²

El *temenos* ocupaba la mayor parte del sector noroeste de la ciudad. Con excepción de los puertos, contenía los únicos espacios abiertos significativos de la ciudad, aunque su uso estaba esencialmente reservado a los sacerdotes y miembros de la corte. El trazado del *temenos* (véase la fig. 1.9 y el plano general de la ciudad) data del reinado de Nabucodonosor (hacia 600 a. C.) cuando la ordenación irregular de la zona fue reorganizada siguiendo alineaciones rectilíneas. El resto de la ciudad intramuros estaba densamente construido con barrios de viviendas. Se ha excavado una parte considerable de unos de estos barrios, al sureste del *temenos*. Esta zona de viviendas parece constituir una de las partes más antiguas de la ciudad, “donde durante muchos siglos se habían ido construyendo casas que posteriormente se habían desmoronado, pasando a formar parte de una plataforma donde construir nuevos edificios, de tal modo que hacia 1900 a. C. era una colina que destacaba sobre la llanura”³³

Al parecer las casas estaban habitadas por individuos pertenecientes a la clase media. Su tamaño era variable, al igual que su planta, en función de la disponibilidad de espacio y de los medios del propietario, pero en líneas generales las casas se construían de acuerdo con un plan general.

La construcción de estas casas resultó ser mucho más sofisticada y sus proporciones mucho más ambiciosas de lo que Woolley había imaginado. Esperaba encontrar edificios de una sola planta, construidos con adobe y con solo tres o cuatro habitaciones, y en su lugar descubrió casas de dos plantas, construidas con ladrillos cocidos en la planta baja y adobes en la superior; el yeso y la cal ocultaban el cambio de material. Había hasta 13 y 14 habitaciones alrededor de un patio central pavimentado que permitía la iluminación y la ventilación de las estancias de la casa. En palabras de Woolley, Ur fue sin lugar a dudas una gran ciudad cuyas sofisticadas condiciones de vida demostraban que había heredado las tradiciones de una civilización antigua y altamente organizada.

El desarrollo del edificio en torno a un patio como respuesta a una supuesta necesidad de intimidad doméstica en condiciones urbanas de gran densidad, con calles estrechas seguramente ruidosas, sucias y potencialmente peligrosas, tiene un paralelo en nuestros días en la adopción del tipo de la casa patio. Este tipo de vivienda hace compatible la intimidad en condiciones de elevada densidad, algo difícil de lograr con tipos edificatorios convencionales abocados al exterior. Además, las casas con patio tanto en Mesopotamia como en Egipto y en el valle del Indo, y posteriormente en Grecia y en las regiones cálidas del Imperio romano, habrían favorecido la convección natural del aire, permitiendo alcanzar unas condiciones ambientales más frescas.

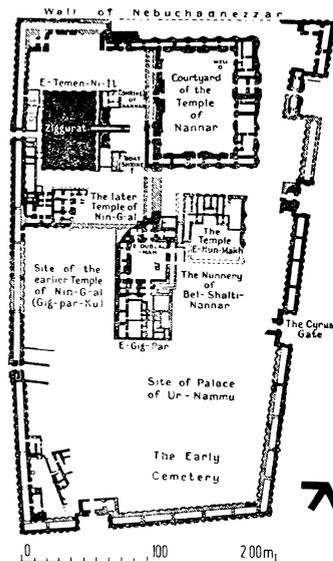


Fig. 1.9. Ur. Plano del *temenos*, la ciudadela religiosa de la ciudad, rodeada de sólidas murallas y dominada por un zigurat de varias plantas situado en la esquina occidental. La disposición del zigurat, los templos, los palacios y los edificios gubernamentales anexas se organizó con arreglo a alineaciones planeadas bajo Nabucodonosor. Woolley opina que la forma del *temenos* al comienzo del segundo milenio a. C. (es decir, contemporánea del barrio de viviendas que muestra la fig. siguiente) había sido el resultado de procesos de crecimiento orgánico, aunque los edificios concretos del *temenos* de aquella época tuvieran plantas rectilíneas.

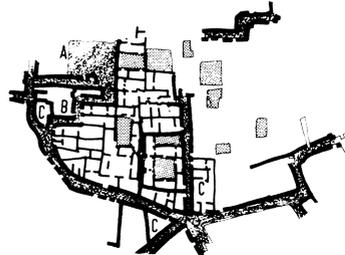


Fig. 1.10. Ur. Plano de detalle del barrio de viviendas del período 1900-1674 a. C., excavado por Leonard Woolley al sureste del *temenos* (véase fig. 1.8, D). A, plaza de la panadería, un pequeño espacio destinado a mercado; B, callejón del bazar que conduce a este desde la calle principal; C, pequeños altares locales. Las calles se muestran en sombreado; los patios de viviendas se representan con una trama de puntos.



Fig. 1.11. Erbil (la antigua Arbela), en el noroeste de Irak, a unos 300 km al norte de Bagdad y al pie de las montañas del Kurdistán. El tell, en el centro de la fotografía, ha sido ocupado de modo más o menos continuo desde hace 6.000 u 8.000 años. La densa trama celular compendia la forma urbana debida a un crecimiento orgánico desarrollado a lo largo de toda la historia de la civilización humana.

Las estrechas calles, los patios particulares de las casas y probablemente la plaza del mercado constituyen los únicos espacios abiertos interiores al núcleo urbano. Erbil no debe haber sufrido cambios físicos significativos desde el cuarto o el quinto milenio a. C.; el barrio de viviendas de Ur (fig. 1.10) hubiera tenido prácticamente el mismo aspecto visto desde el aire. Las recientes viviendas "suburbanas" en la parte superior izquierda, también compuestas por casas patio pero estructuradas según un trazado en retícula, pueden considerarse como la vista aérea equivalente de los "po-

Con su distribución de estancias altamente civilizada y dotadas de servicios, estas casas son el resultado de un largo proceso evolutivo, si bien aparecen agrupadas en trazados que "han rebasado las condiciones de la aldea primitiva y no se ajustan a ningún sistema de planeamiento urbano".³⁴ Esta evolución natural no planificada de una ciudad, originada generalmente a partir de una aldea, se denomina "crecimiento orgánico" y representa, con mucho, la más extendida de las dos tendencias de actividad radicalmente opuestas con arreglo a las cuales la humanidad ha fundado y ampliado sus asentamientos urbanos a lo largo de la historia. La segunda tendencia —que, en comparación con la anterior, no ha producido más que un número muy reducido de ciudades y que es de origen relativamente más reciente— se basa en un método planificado, predeterminado. El crecimiento orgánico, al menos hasta tiempos recientes, denota una expansión incontrolada. Es posible llegar a un crecimiento orgánico de estas características partiendo de un origen planificado con el estatus urbano resultante de, por ejemplo, la decisión de construir en un lugar elegido. Muchas ciudades a lo largo de la historia se han originado de este modo.

El crecimiento orgánico produjo paisajes urbanos de pintoresca variedad cuyo mejor exponente quizás sea la forma urbana medieval.

A pesar de sus serpenteos y su estructura viaria aparentemente ilógica, esos trazados urbanos, no obstante, se ajustan claramente a un patrón natural indefinible. El plano de detalle de la agregación típica de viviendas de Ur demuestra explícitamente el resultado de este crecimiento orgánico (fig. 1.10). En el cap. 4 se exponen ulteriores consideraciones acerca de la evolución de los asentamientos urbanos originados a partir de una aldea primigenia. Por razones que se expondrán más adelante en este mismo capítulo (en relación con los ejemplos más tempranos de los que se tiene noticia), la forma urbana planificada con trazados viarios predeterminados basados generalmente en una simple retícula rectilínea, debe haber aparecido con posterioridad a que los primeros asentamientos hubieran adquirido el estatus de urbe a través de procesos de crecimiento orgánico.

Jericó y Çatal Hüyük

La antigua Jericó, de cuyos restos arqueológicos se tiene conocimiento desde hace varias décadas, y Çatal Hüyük, excavada hace relativamente poco tiempo, son dos de los desafíos más poderosos a la tesis que defiende que la civilización surgió inicialmente en Mesopotamia. Se sabe que Jericó fue un asentamiento densamente urbanizado dotado de fuertes murallas y que contaba con una administración evolucionada ya en 8000 a. C. Kathleen M. Kenyon, responsable de la dirección de las excavaciones de Jericó, señala en la tercera edición de su *Arqueología en Tierra Santa* que “después de que el asentamiento alcanzó su tamaño máximo, fue rodeado de sólidas murallas y asumió pleno carácter urbano”.³⁵ Çatal Hüyük (que se ilustra con mayor detalle en el apéndice G) también tenía ciertas características urbanas hacia 7000 a. C. Sin embargo, ni a Mortimer Wheeler en *Civilisations of the Indus Valley*³⁶ ni a Glyn Daniel en *The First Civilisations* les convencen tales aseveraciones. Wheeler escribe que “según la aceptación usual de la palabra, la idea de civilización parece implicar ciertas cualidades que van más allá de los logros que pueden atribuirse a Jericó”, y “el importante asentamiento de Çatal Hüyük representa una aproximación a esta condición”. Daniel es aún más rotundo: “Ni Jericó ni Çatal Hüyük constituyeron civilizaciones: fueron tan solo grandes asentamientos que podrían denominarse protociedades. No cumplían los otros requisitos de la definición de Kluckhohn. Pueden haber sido intentos fallidos hacia la civilización, una *sinoecia* que no fructificó; o tal vez podríamos etiquetarlas simplemente como aldeas rurales afectadas por un crecimiento desproporcionado”.³⁷

Jerusalén

La larga historia urbana de Jerusalén se remonta a casi 4.000 años atrás, pero, por fortuna para los arqueólogos, el área de la ciudad moderna no ocupa el lugar de los primeros asentamientos, situados al suroeste. En *Jerusalem: Excavating 3000 Years of History*,³⁸ Kenyon describe cómo la importancia de la ciudad a partir del tercer milenio reside en

“blados” egipcios planeados de Telet-Amarna (fig. 1.18) y El Lahun (fig. 1.19), así como de los barrios de viviendas de las ciudades pertenecientes a la cultura de Harappa, en el valle del Indo (págs. 26 a 32).

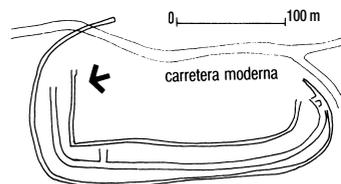


Fig. 1.12. Jericó. Perfil de las murallas y de las zonas excavadas (según Kathleen Kenyon). La fecha más temprana que se ha podido obtener hasta ahora por el carbono 14 se remonta aproximadamente a 9000 a. C., para lo que se supone fue una especie de santuario fundado por cazadores mesolíticos junto a una fuente, que más tarde iba a hacer posible el cultivo de regadío en el valle del Jordán, que en Jericó está situado a unos 275 m por encima del nivel del mar. Los descendientes de estos cazadores debieron hacer progresos notables para lograr la “plena transición desde una existencia nómada hasta una existencia sedentaria, en lo que debió ser una comunidad de considerable complejidad” durante un periodo de unos mil años.

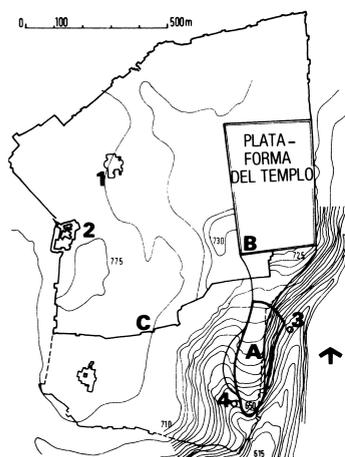


Fig. 1.13. Jerusalén. Plano general que sitúa el lugar del primer asentamiento con respecto a la Jerusalén medieval encerrada por las murallas de Solimán el Magnífico, de 1538-1541 d. C.

el hecho de que su ubicación hacía posible el control de la importante ruta que atravesaba el altiplano central de Palestina de norte a sur.

El primer asentamiento ocupaba el extremo meridional de un cerro limitado al oeste por el valle llamado Siloam (antiguo Cedrón) y al este por el valle llamado Tyropoeon. La historia escrita de la ciudad se anticipa en varios siglos a los extensos testimonios bíblicos, pues aparece mencionada en cartas enviadas por los gobernadores locales a los funcionarios de Akhenaten en Egipto entre 1390 y 1360 a. C. El estado de los conocimientos actuales demuestra que el primer asentamiento ocupaba una superficie de poco más de 4 ha y que la primera muralla data de alrededor de 1800 a. C. La alineación de esta fortificación es la misma que seguiría la de la Jerusalén yebusita, tomada por David hacia 996 a. C. David y su hijo y sucesor, Salomón, fundaron Jerusalén como el centro religioso destinado a unificar las tribus de Judá e Israel. Salomón construyó el primer templo sobre una amplia terraza artificial situada al norte del antiguo núcleo urbano, templo que probablemente estaría unido con su complejo palaciego. Sin embargo, nada se sabe acerca de estos edificios: lo que quedaba de ellos en tiempos de Herodes el Grande (374 a. C.) quedó sepultado en el interior de la vasta plataforma construida para levantar un nuevo templo.

El templo de Herodes también ha desaparecido por completo, pero la gran plataforma, limitada por imponentes muros de contención, ha sobrevivido como uno de los rasgos más característicos de la ciudad moderna.

Babilonia

Originariamente Babilonia estaba situada en la orilla izquierda del brazo central del antiguo curso del Éufrates, en la confluencia de las rutas comerciales entre el golfo Pérsico y el Mediterráneo. La historia de la ciudad se remonta a fechas muy lejanas y en el transcurso de aquella sufrió los efectos de numerosas batallas hasta que fue reconstruida por última vez bajo Asarhadon a partir de 680 a. C. El plano de la ciudad descubierto por las excavaciones arqueológicas corresponde esencialmente al de la ciudad de Nabucodonosor, quien reinó de 605 a 561 a. C.,

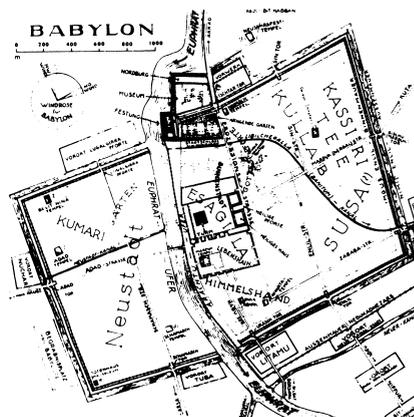


Fig. 1.14. Babilonia. Plano general de la ciudad de Nabucodonosor. La ciudad estaba rodeada en toda su extensión, de unas 36 ha, por una doble muralla. La Gran Babilonia estaba rodeada por una muralla exterior de unos 17 km de longitud; se estima que la población total alcanzó la cifra de casi 500.000 habitantes.

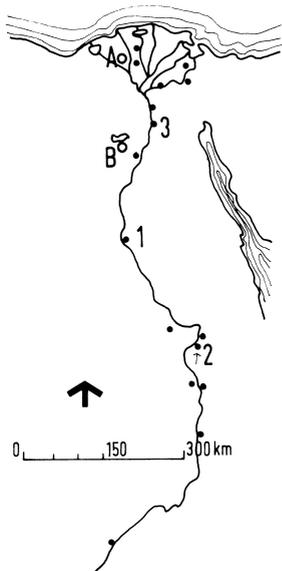


Fig. 1.16. Centros urbanos de Egipto. 1, Akhetaten (Tel-el-Amarna); 2, Tebas; 3, Menfis (A, poblados neolíticos en Merimde; B, en El Fayum).

Egipto

Aunque a primera vista pueda parecer perfectamente comparable con Mesopotamia por el hecho de que ambos países estaban atravesados por grandes ríos que discurrían por valles y llanuras inmensamente fértiles y que ofrecían análogas oportunidades al ser humano primitivo, la evolución de los asentamientos urbanos en Egipto se desarrolló según líneas totalmente opuestas. Jacquetta Hawkes y Leonard Woolley afirman que “nada más diferente del mosaico de ciudades estado que se repartían entre el valle del Tigris y del Éufrates que el reino unificado de Egipto, donde la ciudad realmente no existía”.³⁹ La ausencia de restos urbanos de alguna significación anteriores a 2600 a. C. aproximadamente ha favorecido la opinión errónea de que la civilización de Egipto tiene un origen mucho más reciente que la de Mesopotamia. Nada más lejos de la verdad, como evidencia el avance tecnológico necesario para llevar a cabo la construcción de la Gran Pirámide de Keops (hacia 2600 a. C.). Existe hoy un consenso general sobre la existencia de “ciudades” en Egipto, al menos tan antiguas como las sumerias, pero por una serie de razones tomaron una forma completamente diferente, lo que daría como resultado la ausencia de restos tempranos identificables.

La razón principal, tal vez determinante, de este hecho es la paz interna que reinó en Egipto desde los primeros tiempos; no había la necesidad económica, como ocurrió en Mesopotamia, de ocupar continuamente el mismo lugar con el fin de aprovechar la enorme inversión de capital que representaba la muralla defensiva. Una segunda razón que tiene relación directa con la primera es que, dada la movilidad urbana, los sucesivos faraones tenían libertad para pasar el tiempo de su reinado en este mundo preparando su tumba para la otra vida que seguiría después de la muerte (la base de la religión egipcia), en un lugar diferente al de su predecesor.

Otra razón ulterior sobre la escasez de restos urbanos en comparación con el gran número de edificios religiosos que han perdurado se basa en que casi todos los recursos de la industria de la construcción, junto con la totalidad de los materiales duraderos, eran puestos a disposición de la construcción de tumbas y templos. Al igual que en Mesopotamia, las áreas urbanas egipcias fueron construidas en adobe, pero al no producirse un *tell* claramente reconocible como resultado de la ocupación de un lugar por un largo período, no existe posibilidad alguna de localizar las antiguas ciudades, incluso en el caso en que hubieran podido sobrevivir ciertos restos de interés, sin la protección de posteriores estratos de edificios. Como explica acertadamente Henri Frankfort: “Cada faraón fijó su residencia cerca del lugar elegido para su tumba, en aquel donde se llevarían a cabo las obras de la pirámide y del templo durante la mayor parte de su vida, mientras que el gobierno se establecía en la ciudad más próxima. Tras la muerte del faraón el lugar se abandonaba a los sacerdotes, quienes se encargaban de mantener su culto y administraban su complejo funerario, a no ser que el sucesor también decidiera construir su tumba en esa área”.⁴⁰

La construcción de ciudades bajo los faraones solía ser un proceso rápido realizado en una sola fase, a fin de no retrasar las obras funerarias. Esto queda ilustrado en la antigua ciudad egipcia de Tel-

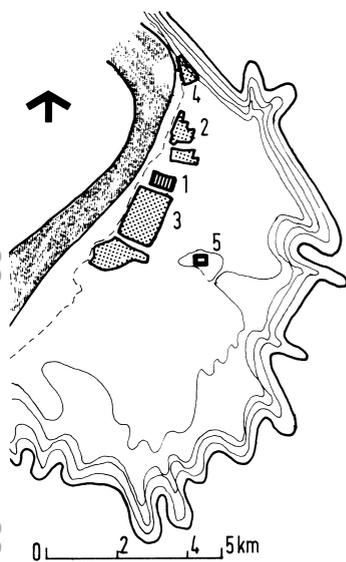


Fig. 1.17. Trazado de Akhetaten (Tel-el-Amarna). 1, núcleo urbano; 2, suburbio norte; 3, ciudad meridional; 4, edificio de tributos; 5, poblado obrero (fig. 1.18).

el-Amarna, solo parcialmente excavada todavía. Este asentamiento, situado a medio camino entre El Cairo y Lúxor, estuvo ocupado durante solo 40 años. La ciudad fue construida en la orilla oriental del Nilo, “en un lugar donde los acantilados retroceden para formar un gran semicírculo de unos 11 km de longitud por 4 km de fondo”.⁴¹ El motivo que estuvo en la base de la fundación de la nueva ciudad hay que buscarlo en las dificultades que se le plantearon al faraón Akhenaten para instituir reformas religiosas en la entonces capital, Tebas, trasladándose río abajo hasta el nuevo emplazamiento. Dos años después de su muerte en 1356 a. C., su sucesor regresó a Tebas y a la antigua fe. Amarna fue abandonada y nunca volvió a ocuparse.

El plano de la ciudad muestra un desarrollo urbanístico lineal a lo largo del Nilo, con tres arterias principales paralelas al río que enlazaban las diversas zonas entre sí. Su longitud máxima es de unos 8 km, con una extensión hacia el interior, medida desde la orilla, que oscila entre 800 y 1.600 m. Existen escasas evidencias de que su trazado haya estado sometido a un planeamiento urbano deliberado y controlado. Los templos y demás edificios no están agrupados en una única zona, de modo que, como constata Henri Frankfort, “mientras existe un grupo central que incluye el vasto templo del Disco Solar, el palacio oficial, la Sala de Tributos Extranjeros y la Secretaría, el palacio del Norte se encuentra a más de 2 km en esa dirección y el principal parque recreativo a unos 5 km al sur”.⁴²

Respecto a los barrios y las viviendas, H. W. Fairman señala: “No había manzanas definidas en *insulae*, ni tamaños normalizados de las propiedades. Lo que parece haber ocurrido es que las gentes más adineradas elegían los emplazamientos de sus propias viviendas y construían a lo largo de las principales calles, ateniéndose en general a sus alineaciones. Los menos pudientes edificaban a continuación en los espacios vacantes situados detrás de las viviendas de los ricos, y finalmente las casas de los pobres se apretujaban, sin orden, en aquellos lugares en donde quedaba algún hueco. Se han descubierto casas de todo tipo en un mismo barrio, y aunque había áreas específicas ocupa-

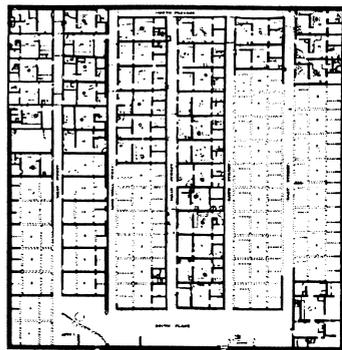


Fig. 1.18. Trazado detallado del poblado obrero de Tel-el-Amarna. Leonard Woolley, director de las excavaciones en esta ciudad, escribió: “Desenterramos un poblado modelo destinado a alojar a los trabajadores que excavaban las tumbas en la roca viva de las colinas del desierto. Un recinto cercado, de planta cuadrada, aparecía completamente ocupado por pequeñas casas dispuestas en varias hileras, separadas por estrechas calles; a excepción de la vivienda del capataz situada cerca de la puerta, todas las demás eran monótonamente iguales, cada una tenía su cocina recibidor al frente, sus dormitorios y su alacena en la parte trasera, el verdadero precedente de las viviendas industrializadas concebidas maquinamente” (*Digging up the Past*).

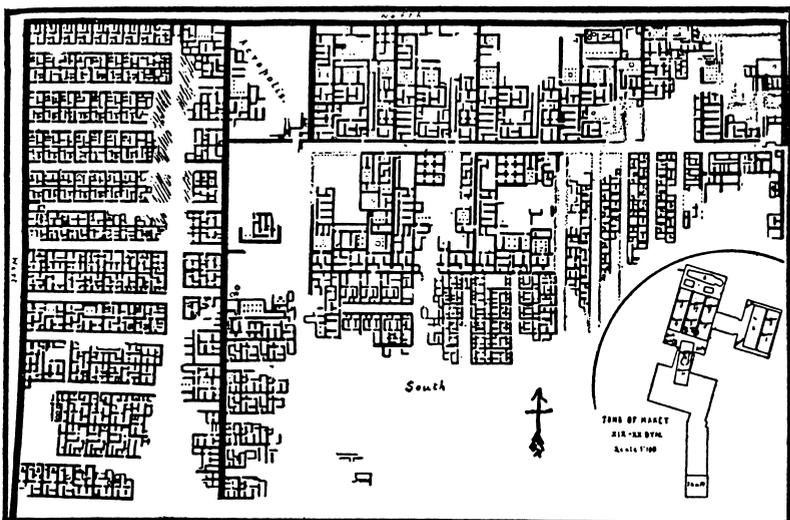


Fig. 1.19. El Lahun. Detalle de la ordenación del campamento obrero de 2670 a. C.

das por barrios pobres, es evidente que no había una zonificación⁴³. Al este de la ciudad se encuentra el poblado de los obreros, que, en contraste, fue trazado con arreglo a un plan preconcebido (fig. 1.18).

La significación del planeamiento en retícula de Tel-el-Amarna y su aplicación similar, incluso más temprana, en El Lahun (fig. 1.19) en 2670 a. C., ha sido generalmente mal interpretada. Los restos arqueológicos descubiertos en ambos asentamientos no son más que los barracones dispuestos por los contratistas destinados a alojar a los obreros cualificados, ocupados respectivamente en la construcción de la nueva ciudad y de la pirámide de Iltahun para el faraón Userthesen II. No hay indicios de que la utilización de la retícula tanto en Tel-el-Amarna como en El Lahun sea más que un medio para lograr un fin: proporcionar alojamiento a los obreros cualificados del modo más rápido posible; por su parte, el vasto ejército de obreros tenía que conformarse con cobertizos rudimentarios.

La utilización de la retícula limitada a una parte relativamente insignificante de Tel-el-Amarna pudiera parecer un claro ejemplo del sentido práctico de los políticos del siglo XIV a. C.; en otras palabras: el planeamiento urbano como arte de lo práctico. De esta manera es posible resolver la aparente anomalía por la cual se consintió que la principal área urbana se desarrollara según las directrices que marcaba el crecimiento orgánico libre, a pesar de comprender el valor de la retícula en el trazado de una ciudad de nueva planta. La ejecución de cualquier plan ciudadano implica un control político, autocrático o democrático para asegurar que los habitantes se adaptaran a sus especificaciones. Era perfectamente posible imponer un plan a los obreros; por desgracia, nunca sabremos si Akhenaten hubiera preferido o no imponer un control del planeamiento similar a sus ricos y poderosos parientes y a sus funcionarios políticos o religiosos.

El más temprano poblado obrero de El Lahun ocupaba menos de 8 hectáreas. Estaba rodeado por un muro, destinado, entre otras cosas, a evitar que sus moradores se escapasen del recinto, y parece haber sido ocupado durante tan solo 21 años. Petrie W. M. Flinders observó que “cada calle estaba compuesta de un tipo uniforme de casas; no tenían jardines, pero cada casa, por pequeña que fuera, tenía su patio al aire libre, igual que las casas egipcias actuales. Además del patio, la vivienda de un obrero común contaba con tres estancias como mínimo, y las otras casas tenían cuatro, cinco o seis estancias —en función del rango de los ocupantes—, mientras que algunas de las casas más grandes eran de dos plantas”.⁴⁴

India: las ciudades de Harappa

Los dos principales sistemas fluviales del subcontinente indio, los de las cuencas del Indo y del Ganges, al oeste y al este respectivamente (fig. 1.20), son regiones climáticas notablemente diferenciadas. Las llanuras del Indo registran escasas precipitaciones, pero el suelo aluvial es fértil si se riega convenientemente. La cuenca del Ganges es mucho más húmeda, con más de 2.000 mm de lluvia anuales en Bengala. Los vestigios arqueológicos parecen indicar que el asentamiento urbano

La configuración general de la civilización del Indo fue bastante peculiar. Los principales caracteres revelados por los restos excavados denotan un alto grado de disciplina cívica y organización, de uniformidad a lo largo de una extensa área y de estabilidad a lo largo de períodos prolongados. La retícula rectangular que estructura el plano viario tan notablemente diferente de la apretada irregularidad predominante en la antigua Mesopotamia, el complejo sistema de alcantarillado y vertido de residuos, las murallas cuidadosamente conservadas, los grandes graneros comunitarios y los sistemas normalizados de pesos y medidas, son todos ellos reflejo de una sociedad ordenada y sedentaria.

¿Cuál fue la base de esta disciplina mantenida durante un período tan prolongado? No hay indicios de la preeminencia de una autoridad militar: las armas eran relativamente discretas y las defensas se limitaban al parecer a las ciudadelas, reflejo sin duda del relativo aislamiento de los pueblos del Indo de sus vecinos dotados de un nivel tecnológico comparable. Tampoco se han encontrado pruebas evidentes de la existencia de una autoridad real en forma de palacios, tumbas sobresalientes o insignias regias. Una posible alternativa es que este modo de vida ordenado estuviera sancionado por leyes religiosas y que la civilización del Valle del Indo, como la del Tibet moderno, fuera esencialmente teocrática.

Grahame Clark,
La Prehistoria

comenzó en la cuenca oriental del Indo, donde las condiciones pudieran haber sido muy similares a las de Mesopotamia y regiones adyacentes y, posteriormente, se difundió hacia el Ganges. La inundación natural anual permitió, probablemente mediante el simple control de las aguas, la sucesiva fundación de una serie de comunidades relativamente grandes en las llanuras del Indo hacia el tercer milenio a. C.; en cambio, los ricos suelos húmedos de la cuenca del Ganges “debieron estar cubiertos originariamente de bosques y pantanos que hubieran requerido una considerable fuerza de trabajo provista de herramientas eficaces para dejarlos en condiciones de ser cultivados”.⁴⁵ En su libro *Birth of Indian Civilisation*, Bridget y Raymond Allchin señalan el siglo VI a. C. como la fecha más temprana para los orígenes del asentamiento urbano a lo largo del Ganges, y sugieren que probablemente la situación era análoga a la de muchas partes de Europa, donde suelos arcillosos y más ricos no pudieron o no fueron utilizados hasta bien entrada la Edad de Hierro.

El desarrollo del asentamiento en la cuenca del Indo parece haber corrido parejo al de Mesopotamia: durante el quinto milenio a. C., las comunidades rurales neolíticas fundaron aldeas en las planicies más elevadas, lejos del cauce efectivo del río, antes de adquirir una organización social y tecnológica suficiente que les permitiese aceptar el desafío de cultivar los suelos aluviales. La civilización que produjo los principales centros urbanos conocidos es la cultura de Harappa, que toma su denominación de la ciudad homónima, una de las dos urbes más importantes de este período. Harappa propiamente dicha existió entre 21500 y 1750 a. C., con un margen de error de un siglo para la primera de estas fechas; Bridget y Raymond Allchin citan dataciones efectuadas mediante radiocarbono obtenidas por G. F. Dales en Mohenjo-Daro (la otra ciudad de importancia primordial de esta cultura) que sitúa a la civilización madura de Harappa entre 2154 y 1864 a. C.⁴⁶ Aunque existen grandes lagunas sobre los orígenes de esta cultura, es un hecho demostrado que hacia 1750 a. C. llegó a un súbito final. Los arqueólogos no se ponen de acuerdo en cuanto a la causa que originó este repentino ocaso; mientras unos la atribuyen a fenómenos naturales —posiblemente una inundación o una sequía de duración extremadamente prolongada—, otros sugieren que tuvo un origen humano, resultado de la invasión de la India por los pueblos arios.

Los orígenes del planeamiento urbano

Antes de centrarnos en Mohenjo-Daro, el ejemplo de ciudad más importante de la cultura de Harappa —Harappa, Kalibangan y Lothal se tratarán un poco más adelante en esta misma sección del capítulo—, debe considerarse previamente la notable consistencia de la forma urbana de esta cultura y las intrigantes preguntas que plantea. Hay una forma básica común a estos tres ejemplos y a otros de menor significación. Cada una de estas ciudades posee una imponente ciudadela situada a poniente y completamente separada de la “ciudad baja”, que constituye el núcleo urbano principal. Dichas ciudadelas se erigen sobre elevadas plataformas de adobe rodeadas de murallas, probablemente como protección tanto contra las crecidas del río como frente a los ataques ene-



Fig. 1.20. Mapa esquemático del valle del Indo con la ubicación de las tres ciudades (supuestamente) más importantes de la civilización de Harappa y asentamientos urbanos menores. Paralelo al Indo, al sureste, se encuentra el lecho seco del río Sutlej (Ghaggar).

Al escribir sobre estas ciudades arcaicas del valle del Indo, más de un arqueólogo ha hecho algún comentario acerca de la monotonía, la reiteración y el carácter homogéneo de los diversos objetos producidos por los artesanos del Indo. Contemplando el modo en que estaban estructuradas las ciudades, con sus hileras de humildes chozas para los obreros agrupadas cerca de los hornos para la producción de metal o los hornos de alfarería, se tiene la incómoda sensación de que estas eran ciudades estado en las que la producción estaba despiadadamente organizada, si bien las técnicas empleadas probablemente no eran demasiado eficaces. Se tiene efectivamente la sensación de que aquí de nuevo estaba en acción la mano negra del funcionario, la misma conjetura que se hace para los años de declive de Roma.

Henry Hodges,
Technology in the Ancient World

migos. Aunque las “ciudades bajas” se encontraban protegidas de forma similar, las ciudadelas, emplazadas en puntos más elevados y mejor dotadas, proporcionaban refugio a la población cuando, como revelan las excavaciones, aquellas sufrían las inundaciones periódicas.

El aislamiento de la ciudadela respecto de la ciudad baja y las suposiciones que se han hecho en cuanto a su función plantean problemas que los arqueólogos aún no han podido resolver. Si las ciudades de la cultura de Harappa se hubieran desarrollado según los mismos modelos de crecimiento orgánico que en Mesopotamia, lo lógico sería que la ciudadela se encontrara *dentro* del recinto urbano, probablemente en su cota más elevada. Esto es así en parte porque la ciudadela se habría fundado seguramente sobre el montículo formado por la ocupación precedente y en parte a causa de las sucesivas murallas que debían rodearla; si la ciudadela estuviera situada en un solo caso *fuera* del núcleo urbano principal, podría contemplarse la posibilidad de una excepción a esta regla, resultado de algún determinante fortuito en el crecimiento. Sin embargo, no puede ser este el caso de las ciudades de la cultura Harappa, separadas entre sí cientos de kilómetros y cuyos principales ejemplos se ajustan a la misma forma de plano básico. Debemos buscar otras razones que las atribuibles a la casualidad.

Tal vez pueda encontrarse la respuesta ante la evidencia de un segundo aspecto fascinante de la forma urbana en la cultura de Harappa. Las ciudades bajas poseen trazados en retícula más o menos regular: las alineaciones principales de las calles de dirección norte-sur y este-oeste conducen a la ciudadela. Un trazado en retícula no puede darse de forma espontánea; en claro contraste con el crecimiento orgánico, debe ser determinado conscientemente y aplicado al lugar elegido. Esta acción no significa necesariamente que se trate de planeamiento urbano de una ciudad, con todas las implicaciones de este término crucial;⁴⁷ ya hemos visto cómo en 2670 a. C. el sistema viario en retícula de El Lahun no debe aceptarse como “planeado” más que en el sentido de que la retícula fue utilizada como un fin en sí mismo, el de estructurar sencilla y rápidamente un poblado de obreros de la construcción.⁴⁸

No obstante, existen suficientes evidencias en las relaciones cuidadosamente organizadas entre las partes de estas ciudades de Harappa como para aceptar que fueron el resultado de muy tempranos, por no decir los primeros, procesos deliberados de planeamiento urbano. Pudiera ser que las irregularidades en el plano de la ciudad baja de Mohenjo-Daro fueran el resultado de la continua reconstrucción a lo largo de varios siglos, con la que gradualmente se modificaban las alineaciones de las calles, y que a causa de las periódicas inundaciones requerían ser trazadas de nuevo de modo más o menos completo. En apoyo a este punto de vista, cabe recordar aquí lo que ocurrió con las rígidas retículas de las ciudades romanas después de su destrucción parcial o total, tras la caída del Imperio, y su reconstrucción seis o siete siglos más tarde (véanse ejemplos al respecto en las págs. 117-119 del cap. 4). La historia urbana, tal vez en mayor medida que la historia en general, acostumbra a repetirse. Este es tan solo uno de sus atractivos.

Los historiadores del urbanismo han partido tradicionalmente del supuesto de que la retícula ha sido empleada como *medio* para lograr

el fin de organizar entidades urbanas *completas* únicamente a partir de mediados del primer milenio a. C. en las ciudades griegas, para la reconstrucción de Mileto a partir de 479 a. C. y en ciertas aplicaciones anteriores (véase pág. 43). Tales afirmaciones se formularon antes de disponer de la información actual, aún incompleta, sobre las ciudades de la cultura de Harappa. Ahora parece existir la certeza de que, lejos de ser Hipodamo de Mileto el “padre del planeamiento urbano”,⁴⁹ no fue ni siquiera un griego quien reunió por primera vez los componentes de la ciudad en una relación planeada. Si ello fue obra de una sola persona, es más probable que se tratara de un sacerdote anónimo de Harappa, en una fecha aún desconocida.

Tal como ha ocurrido con la pretensión de que los griegos crearon el arte (o la ciencia) del planeamiento urbano, dicha suposición pudiera muy bien verse invalidada por pruebas arqueológicas que ratificasen la teoría de la civilización urbana introducida en el valle del Indo por un pueblo ya avanzado. Bridget y Raymond Allchin sugieren que si la civilización de Harappa no surgió hasta alrededor de 2150 a. C., es necesario admitir que no solo el fin de estas ciudades, sino incluso su impulso inicial, pudo haberse debido a pueblos de habla indoeuropea.⁵⁰ Si este es efectivamente el caso, entonces tenemos la respuesta al problema subsistente acerca de la homogeneidad de la forma urbana en la cultura de Harappa. Las ciudades serían variantes de un plano tipificado desarrollado previamente por individuos llegados al valle del Indo que establecieron su cultura urbana de manera muy similar a como lo hicieron los romanos a lo largo y a lo ancho de su Imperio y como habrían de hacerlo mucho más tarde los europeos en sus colonias del Nuevo Mundo. ¿Dónde, cuándo y por quién fueron construidas las primeras versiones de ciudad de la cultura de Harappa?

Mohenjo-Daro

El centro mejor documentado de la civilización de Harappa es Mohenjo-Daro, situado en la orilla izquierda del Indo a unos 5 km del curso actual del río. Poco se sabe de la remota historia de la ciudad. Según Bridget y Raymond Allchin, el aporte continuado de aluviones desde los tiempos de la civilización de Harappa ha “elevado toda la superficie de estas tierras en más de 9 m y el nivel de las aguas ha crecido en consonancia; los arqueólogos aún no han podido sondear los niveles más profundos de esta extensa zona”.⁵¹

El montículo sobre el que se asienta la ciudadela de Mohenjo-Daro fue erigido por encima del nivel de la llanura aluvial y rodeado por un muro de contención de ladrillo cocido de unos 13 m de altura. No parece haber contenido la sede de un gobernante absoluto ni símbolo religioso dominante alguno, como es el caso del zigurat de Ur, sino más bien una serie de edificios destinados a diversos fines cívico-religiosos. Entre estos se incluyen graneros para almacenar excedentes alimenticios, lo que se supone que son oficinas administrativas, posiblemente con una gran sala de asamblea; y, el hallazgo más intrigante de todos, la gran terma, de 2,5 m de profundidad y 12 x 7 m en planta. La terma estaba rodeada por un pórtico y otras estancias de más de una planta,

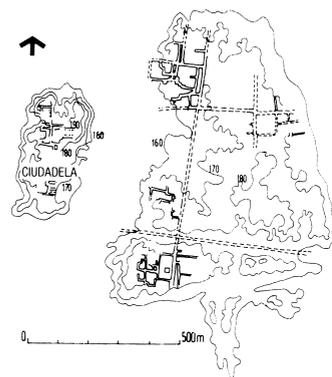


Fig. 1.21. Mohenjo-Daro. Trazado general que muestra la ciudadela situada al oeste de la ciudad baja, con curvas de nivel a intervalos de 10 m en un emplazamiento por lo demás absolutamente llano. El curso actual del Indo se encuentra a unos 5 km al oeste.

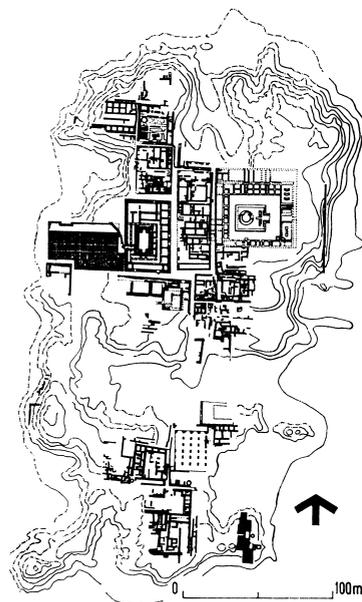


Fig. 1.22. Mohenjo-Daro. Plano detallado del montículo de la ciudadela, tal como ha sido sacado a la luz tras las excavaciones.



Fig. 1.23. Mohenjo-Daro. Plano de detalle del sector residencial excavado en la zona suroeste de la ciudad baja, con una de las principales calles norte-sur en la parte superior. “La ciudad baja debió contar con gran variedad de comercios y talleres artesanales: entre estos se han identificado un horno de alfarería, cubas de tintorería, herrerías y manufacturas de abalorios y cuentas de conchas ornamentales, y es probable que si las excavaciones anteriores se hubieran realizado con mayor atención, podría haberse obtenido mucha más información sobre la manera en que estos talleres artesanales se hallaban distribuidos por la ciudad. Otro tipo de edificio del que cabría esperar que estuviera en la ciudad baja es el templo” (*Birth of Indian Civilization*).

las capas de ladrillos exteriores y los cimientos estaban impermeabilizados con betún, el suministro de agua procedía de un pozo cercano y se desaguaba por un rebosadero en voladizo. “Sobre la significación de tan extraordinaria estructura solo pueden hacerse conjeturas. En general se está de acuerdo en que debía estar relacionada con alguna clase de baño ritual cuya trascendencia pudo ser semejante al papel que este ha jugado en la vida de la India posteriormente”.⁵²

La naturaleza de las casas de la ciudad baja se considera igualmente avanzada. El modelo viario se basa en la retícula modificada ya expuesta, con las entradas a las viviendas a través de callejones menores dispuestos en ángulo recto respecto a las calles principales. Hay pruebas de una amplia gama de tipos de casa, desde el “apartamento” de una sola estancia hasta grandes viviendas con varias decenas de habitaciones y diversos patios. Las casas más grandes estaban orientadas hacia el interior, sin huecos abiertos a las calles principales. En muchos casos se accedía a las plantas superiores o a las cubiertas planas transitables por escaleras de ladrillo. La mayoría de las casas estaban dotadas de cuarto de baño conectado mediante tubos de desagüe con la red general de alcantarillado situada debajo de las calles y accesible a través de pozos de registro. Podrían haber existido algunos cuartos de baño incluso en las plantas superiores. En su obra *Civilization of the Indus and Beyond*,⁵³ Mortimer Wheeler incluye dos intrigantes fotografías de complejas instalaciones sanitarias y observa que “la alta calidad de las instalaciones sanitarias de Mohenjo-Daro podría ser objeto de envidia en muchas partes del mundo actual. Son reflejo de un considerable nivel de vida asociado a una supervisión comunal evidentemente celosa de sus funciones. Las casas a veces tenían un retrete en la planta baja o en la primera provisto de los correspondientes desagües y bajantes que a su vez evacuaban a los albañales generales”. Es posible que se haya llegado a desviar un brazo del cauce principal del Indo canalizándolo a través de la ciudad baja con el fin de aportar un flujo continuo de agua a las alcantarillas y servir de colector “sanitario”. El suministro de agua procedía de pozos públicos y privados, y el alto nivel freático del poroso suelo aluvial y el clima deben haber requerido algún sistema de evacuación de aguas residuales para llevarlas río abajo.

Se han identificado comercios a lo largo de las calles principales de Mohenjo-Daro: uno de estos edificios, que tal vez pudiera haber sido un restaurante, tenía unas dimensiones en planta de 26,5 × 19,5 m y estancias separadas dispuestas alrededor de un patio. Wheeler anota que “no se ha identificado ningún templo de modo categórico, pero un examen en profundidad probablemente revelaría la existencia de dos o tres en las áreas ya excavadas”. En la citada obra *Birth of Indian Civilization*, Bridget y Raymond Allchin estiman la cifra de 35.000 habitantes como censo probable de Mohenjo-Daro y suponen que dicha cifra podría ser asimismo aplicable a Harappa.

Harappa

Harappa estaba situada a unos 6.500 km al nordeste, en el Punjab, junto al río Ravi, un afluente del Indo. Hacia mediados del siglo XIX, sus



Fig. 1.24. Harappa. Trazado general. Excavada con menor intensidad que Mohenjo-Daro y más alterada por la ocupación posterior del lugar, la ciudad de Harappa guarda un gran parecido con Mohenjo-Daro en sus aspectos más importantes.

antiguas ruinas fueron saqueadas durante la construcción del ferrocarril para extraer cascotes de ladrillo, pero se ha podido identificar el contorno general de la ciudadela y el trazado de la ciudad baja ha sido lo suficientemente desvelado como para confirmar su similitud, en lo esencial, con Mohenjo-Daro. La ciudadela estaba rodeada por un terraplén o talud de contención revestido de adobe, construido sobre una estructura de 12 m de anchura revestida de ladrillo cocido. Dentro de este muro, una plataforma rellena de arcilla soportaba los edificios de la ciudadela, cuyos restos desgraciadamente se encontraban demasiado dañados como para poder discernir su distribución interior. Fuera de la ciudadela, en el espacio de 300 m que la separa del río, Wheeler registra la existencia de “los bloques en forma de barracón de las viviendas para obreros, superficies circulares pavimentadas con apretadas hileras de ladrillo, provistas antiguamente de morteros de madera en su centro para la molienda de los cereales, y dos hileras de graneros, 12 en total, dispuestos encima de un podio. La superficie total destinada a graneros ocupaba casi 850 m², extensión próxima a la de los graneros de Mohenjo-Daro antes de su ampliación. Toda la estructura de este sector, bajo la vigilancia de la ciudadela, sugiere un fuerte control administrativo de las reservas alimenticias comunitarias dentro de una conveniente proximidad con la vía de transporte fluvial”.⁵⁴

Lothal

Esta ciudad menor de la cultura de Harappa fue un importante centro comercial situado en la costa suroeste del delta del Indo, a más de 700 km de Mohenjo-Daro. Lothal tenía una estructura más o menos rectilínea, con un largo eje norte-sur. Estaba rodeada por un compacto talud y se cree que la plataforma elevada de casi 4 m de altura que formaba el sector sureste de la ciudad asumió funciones similares a las que tenía en otras ciudades de la cultura Harappa. Junto a esta plataforma y a lo largo de casi toda la longitud de la muralla oriental, existe un recinto oblongo de 218 m de longitud por 36 m de anchura que ha resultado ser una dársena para embarcaciones: su revestimiento de ladrillo cocido, de unos 4,5 m de altura, aún se encuentra en perfecto estado de conservación. Bridget y Raymond Allchin mencionan que en uno de los extremos de dicha dársena “se instaló un derramadero y una esclusa para controlar la entrada de agua durante las crecidas y permitir la desobstrucción automática de los canales”.⁵⁵

Nota final a la civilización de Harappa

Tras la caída de la civilización de Harappa a manos de los arios, salvaje pueblo nómada de tez clara que no supieron qué hacer con los centros urbanos que se encontraron en las llanuras del Indo, Wheeler escribe en su libro *Civilization of the Indus and Beyond* acerca de una “larga fase de fragmentación cultural, no demasiado diferente en conjunto a aquella a partir de la cual había brotado, pero que incluía tal vez elementos exóticos más remotos”.⁵⁶ Los recién llegados se convirtieron

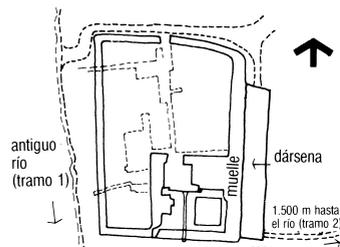


Fig. 1.25. Lothal. Trazado general. La “ciudadela” ocupa el sector sureste con un impresionante muelle entre esta y la dársena. Bridget y Raymond Allchin describen cómo “una parte importante de la plataforma elevada contenía otras plataformas de ladrillo adicionales, atravesadas por conductos de ventilación, que sin duda constituían los cimientos de almacenes o graneros comparables a los de otros lugares. Las dimensiones totales de esta manzana eran de 48,5 × 42,5 m. Evidentemente no había otros edificios sobre la plataforma, puesto que se descubrió en esta parte una hilera de 12 baños con sus desagües. Las otras tres cuartas partes de la ciudad constituían, al parecer, el área destinada a las viviendas, dividida por calles de 4 a 6 m de anchura y callejones más estrechos, de 2 a 3 metros. La calle mayor iba de norte a sur. En esta zona se han encontrado vestigios de numerosos talleres especializados, entre los que figura los de orfebres del cobre y del oro, una manufactura de abalorios, etc.” (*Birth of Indian Civilization*).

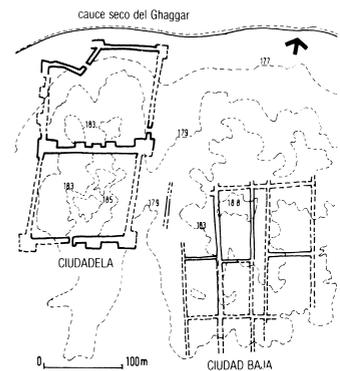


Fig. 1.26. Kalibangan. Trazado general de esta población típica de la cultura de Harappa, cuyo emplazamiento domina el valle seco del Ghaggar, a unos 160 km al sureste de Harappa.

gradualmente en agricultores sedentarios, y como advierte Andreas Volwahren: “Gradualmente las aldeas de sus jefes tribales se desarrollaron hasta convertirse en ciudades, centros de pequeños principados y repúblicas. Los antepasados de estos nuevos constructores de ciudades habían acabado por completo con la civilización urbana del valle del Indo y sus leyendas, por lo demás muy detalladas, apenas hacen referencia alguna de ella [...]; por ello la transformación de su primitiva cultura aldeana en una civilización urbana de complejidad mucho mayor tuvo lugar sin relación alguna con el hábil planeamiento urbano de sus predecesores, sin recordar incluso que hubieran existido”.⁵⁷

Un aspecto altamente significativo de esta nueva civilización es la evolución de los fundamentos teórico prácticos del planeamiento urbano según unos estrictos principios religiosos que implicaron la selección y aplicación de una adecuada forma de configuración predeterminada, el *mandala*. En el apéndice C se ofrece una breve descripción, basada en una excelente sección del libro de Volwahren, del papel del *mandala* en el planeamiento urbano de la India.

El cap. 1 ha presentado los orígenes diferenciados, hasta donde nos son conocidos, de las ciudades que estuvieron sometidas a una forma de crecimiento orgánico y de aquellas otras que tuvieron un trazado previamente planeado. Las ciudades de la cultura de Harappa se han identificado como los “primeros” asentamientos urbanos planeados (cuyos antecedentes perdidos resultan altamente intrigantes) y la ya antigua retícula ha demostrado estar en la base de sus trazados.

Posteriormente, a lo largo de la historia, la retícula ha servido como determinante habitual de la forma urbana fruto del planeamiento. Aunque se ha intentado atribuir un significado religioso a las primeras retículas (la cruz como símbolo del acto de asentamiento, etc.), el papel esencial de la retícula se ha limitado, en mi opinión, al de oportunidad inmobiliaria, y solo en circunstancias excepcionales se elevaría al rango de planeamiento urbano.

Tal como se verá en este libro, las retículas proporcionaron la estructura básica a las ciudades griegas (que tal vez sigan siendo los más tempranos asentamientos urbanos plenamente formados), al urbanismo del Imperio romano, a las nuevas ciudades de la Europa medieval, a las “ciudades ideales” del Renacimiento y, por último, tanto a los ensanches planeados de las antiguas ciudades como a las urbanizaciones coloniales europeas, sobre todo en Estados Unidos.

Notas

- 1 Childe, Vere Gordon, *What Happened in History*, Penguin, Harmondsworth, 1964 (versión castellana: *Qué sucedió en la Historia*, Crítica, Barcelona, 2002).
- 2 Daniel, Glyn, *The First Civilizations: The Archaeology of their Origins*, Thames & Hudson, Londres, 1968.
- 3 Los arqueólogos siguen recomponiendo las páginas de la historia arcaica de la humanidad. Constantemente se producen nuevas interpretaciones de segundo orden; sin embargo, no pueden ignorarse las más importantes que hacen referencia a las “primeras” civilizaciones (por ejemplo la teoría de Nueva Obsidiana de Jane Jacobs, que se tratará con mayor detalle en el apéndice D).
- 4 Daniel, Glyn, *op. cit.*
- 5 Jacobs, Jane, *The Economy of Cities*, Vintage Books, Nueva York, 1970 (versión castellana: *La economía de las ciudades*, Península, Madrid, 1972).
- 6 Mumford, Lewis, *The City in History*, Secker & Warburg, Londres, 1961 (versión castellana: *La ciudad en la historia*, Infinito, Buenos Aires, 1966).
- 7 Childe, Vere Gordon, *op. cit.*
- 8 Morgan, Lewis H., *Ancient Society; or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilisation* [1877] (reeditado bajo el título *Ancient Societies*, Harvard University Press, Cambridge [Mass.], 1964). Morgan definió estos términos de modo más preciso con arreglo a la ampliación de las fuentes de subsistencia del hombre. Distinguía siete períodos, que llamó períodos étnicos. Los primeros seis eran: Período Salvaje Inferior (desde la aparición del hombre hasta el descubrimiento del fuego), Período Salvaje Medio (desde el descubrimiento del fuego hasta la invención del arco y la flecha), Período Salvaje Superior (desde la invención del arco y la flecha hasta el advenimiento de la alfarería), Período Bárbaro Inferior (que empezó con el advenimiento de la alfarería, que para él suponía la línea divisoria entre el Período Salvaje y el Período Bárbaro, y que terminó con la domesticación de animales), Período Bárbaro Medio (desde la domesticación de animales hasta la fundición del mineral de hierro) y el Período Bárbaro Superior (desde el descubrimiento del hierro hasta la invención del alfabeto fonético). Finalmente, el séptimo período fue la civilización con la escritura y el alfabeto (citado por Daniel, Glyn, *op. cit.*).
- 9 Childe, Vere Gordon, *op. cit.*
- 10 Childe, Vere Gordon, *The Dawn of European Civilization*, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Londres, 1939.
- 11 Gordon Childe, *Qué sucedió en la Historia*, *op. cit.*
- 12 Kroeber, Alfred L., *A Roster of Civilizations and Culture*, Wenner Foundation for Anthropological Research, Nueva York, 1962.
- 13 Childe, Vere Gordon, *Qué sucedió en la Historia*, *op. cit.*
- 14 *Ibíd.*
- 15 *Ibíd.*
- 16 Mumford, Lewis, *op. cit.*
- 17 Breasted, James, *Ancient Times, a History of the Early World*, Ginn, Boston, 1914.
- 18 *Ibíd.*
- 19 Fairman, H. W., “Town Planning in Pharaonic Egypt”, *Town Planning Review*, Liverpool, abril de 1949.
- 20 Sjoberg, Gideon, “The Origin and Evolution of Cities”, *Scientific American*, septiembre, 1965 (también en *Cities*, en *Scientific American Book*, Penguin, Harmondsworth, 1967; versión castellana: “Origen y evolución de las ciudades”, en *La ciudad*, Alianza, Madrid, 1967). Otras definiciones de civilización: “Para que una sociedad pueda llamarse civilizada debe cumplir, al menos, dos de las siguientes condiciones: tener poblaciones de más de 5.000 habitantes, poseer un lenguaje escrito y albergar centros monumentales de ceremonias” (Clyde Kluckhohn). “La escritura es de tal importancia que la civilización no puede existir sin ella, y recíprocamente, la escritura tan solo puede existir al amparo de una civilización” (Gelb, I. J., *A Study of Writing: The Foundations of Grammatology*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1952; versión castellana: *Historia de la escritura*, Alianza, Madrid, 1976). “Una civilización era una sociedad con un conjunto de instituciones sociales funcionalmente interrelacionadas tales como: a) estratificación en clases de-

terminadas por los diferentes grados de control sobre los principales recursos productivos; b) jerarquías políticas y religiosas que se complementaban mutuamente en la administración de estados territorialmente organizados; y c) compleja división laboral con artesanos, sirvientes, soldados y funcionarios de plena dedicación a los que hay que agregar la gran masa de productores primarios del campesinado” (Robert Adam). Pasaje citado por Glyn Daniel y extraído de Kraeling, Carl H. y Adams, Robert C. (eds.), *City Inevitable: A Symposium on Urbanization and Cultural Development in the Ancient Near East*, University of Chicago Press, Chicago, 1960.

- 21 Childe, Vere Gordon, *Qué sucedió en la Historia*, op. cit.
- 22 Mumford, Lewis, op. cit.
- 23 Para la proposición contraria, que afirma que las ciudades precedieron a la agricultura, y que este hecho aconteció primero en lugares alejados de los valles fluviales, proposición que será objeto de comentario en el apéndice A de la presente obra, véase: Jacobs, Jane, op. cit.
- 24 Clark, Grahame, *World Prehistory: A New Outline*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969, 2.ª ed. (versión castellana: *La Prehistoria*, Alianza, Madrid, 1981).
- 25 *Ibíd.*
- 26 Woolley, Leonard, *Ur of the Chaldees*, Ernest Been, Londres, 1929 (versión castellana: *Ur, la ciudad de los caldeos*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1975).
- 27 Daniel, Glyn, op. cit.
- 28 Woolley, Leonard, *Digging up the Past*, Ernest Been, Londres, 1930.
- 29 Lanciani, Rodolfo, *The Ruins and Excavations of Ancient Rome* [1897], Arno Press, Nueva York, 1968.
- 30 *Ibíd.*
- 31 Woolley, Leonard, *Ur, la ciudad de los caldeos*, op. cit.
- 32 *Ibíd.*
- 33 *Ibíd.*
- 34 *Ibíd.*
- 35 Kenyon, Kathleen M., *Archaeology in the Holy Land*, Methuen, Londres, 1965 (versión castellana: *Arqueología en Tierra Santa*, Garriga, Barcelona, 1963).
- 36 Wheeler, Mortimer, *Civilizations of the Indus Valley*, Thames & Hudson, Londres, 1966.
- 37 Véase nota 20.
- 38 Kenyon, Kathleen M., *Jerusalem: Excavating 3000 Years of History*, Thames & Hudson, Londres, 1967.
- 39 Hawkes, Jacquetta y Wooley, Leonard, *Prehistory and the Beginnings of Civilization*, Allen and Unwin, Londres, 1963.
- 40 Frankfort, Henri, *The Birth of Civilization in the Near East*, Indiana University Press, Bloomington, 1951.
- 41 Fairman, H. W., op. cit.
- 42 Frankfort, Henri, op. cit.
- 43 Fairman, H. W., op. cit.
- 44 Flinders, Petrie W. M., *Some Sources of Human History*, The Macmillan Co, Nueva York, 1919.
- 45 Allchin, Bridget y Raymond, *Birth of Indian Civilization*, Penguin, Harmondsworth, 1968
- 46 *Ibíd.*
- 47 Véase también el tema de los orígenes urbanos en la Europa medieval, cap. 4.
- 48 Véase también la descripción sobre la aplicación de la retícula en Estados Unidos, cap. 10.
- 49 Véase la ulterior discusión sobre la posición de Hipodamo de Mileto en la historia del urbanismo, en el cap. 2, pág. 44.
- 50 Allchin, Bridget y Raymond, op. cit.
- 51 *Ibíd.*
- 52 *Ibíd.*
- 53 Wheeler, Mortimer, op. cit.
- 54 *Ibíd.*
- 55 Allchin, Bridget y Raymond, op. cit.
- 56 Wheeler, Mortimer, op. cit.
- 57 Volwahsen, Andreas, *Living Architecture: Indian*, Grosset & Dunlap, Nueva York, 1969 (versión castellana: *India*, Garriga, Barcelona, 1971).

2. Ciudades estado griegas

El paisaje urbano, escribe Anthony Kriesis en *Greek Town Building*,¹ es el verdadero reflejo del modo de vida y de la actitud ante esta de sus habitantes. Aunque tal observación es válida para toda la historia del urbanismo, inclusive la del siglo xx, en ningún caso está mejor ejemplificada que en las ciudades griegas de los siglos vi al iii a. C. Además, rara vez en la historia, esta actitud se ha visto tan claramente determinada por factores inherentes a su situación geográfica.

El primero de estos factores era la topografía, que determinó la organización territorial griega sobre la base de ciudades estado claramente definidas y separadas. Grecia propiamente dicha y la costa jónica de Asia Menor son montañosas, con limitadas regiones fértiles en forma de valles, llanuras y mesetas aisladas (fig. 2.1). Tales condiciones favorecieron la existencia de estados pequeños e independientes, cada uno de los cuales se componía, por regla general, de un núcleo urbano rodeado por campos y aldeas habitadas por comunidades agrícolas subordinadas a aquel.²

Dos nomenclaturas más o menos sinónimas se aplican a esta típica entidad urbana/rural: ciudad estado y *polis*. H. D. F. Kitto explica estos términos diciendo: “*Polis* es la palabra griega que traducimos por ciudad estado; es una mala traducción, pues la *polis* ordinaria no era realmente una ciudad, sino que se asemejaba mucho más a un Estado [...]. Puesto que no tenemos lo que los griegos llamaban *polis*, carecemos de una palabra equivalente”.³ Para el propósito de su historia general, *Los griegos*, Kitto prefiere evitar “la equívoca expresión ciudad estado y en su lugar utilizar la palabra griega”.

Sin embargo, en períodos posteriores de la historia del urbanismo han existido otras entidades urbanas/rurales de características comparables tanto en la teoría como en la práctica. En virtud del mismo razonamiento de Kitto acerca de que *polis* es una palabra específicamente griega, esta historia de la forma urbana utilizará el término más generalmente aplicable de ciudad estado. En ocasiones las ciudades estado griegas se aliaban para afrontar un enemigo común, sobre todo

Existen unas pocas llanuras, de escasa extensión, pero de vital importancia en la economía y en la historia del país. Algunas de ellas están en el litoral, como la estrecha y fértil llanura de Aquea que bordea la costa meridional del Golfo; otras se encuentran tierra adentro, como Lacedemonia (Esparta), o incluso completamente separadas del mar por cadenas montañosas, como Tesalia y Beocia. La llanura beocia es particularmente exuberante y de pesada atmósfera; los atenienses, de ingenio más agudo, solían burlarse de sus vecinos llamándoles “cerdos beodos”.

H. D. F. Kitto,
Los griegos

Fig. 2.1. Mapa general del Mediterráneo central y oriental que muestra el área de influencia de la civilización griega (Mileto, Priene, Pérgamo y Troya se encuentran en la costa de Asia Menor). 1, Olinto; 2, Olimpia; 3, Delfos; 4, Tebas; 5, Corinto.



Si el lector se detiene a contar la cantidad de horas de trabajo que destina a pagar por cosas de las que los griegos simplemente prescindían —como son sofás, camisas y corbatas, sábanas, agua corriente, tabaco, té y servicios públicos—, que reflexione también sobre el tiempo que dedica a ocupaciones que no figuraban en la vida del hombre griego, como la lectura de libros y periódicos, los desplazamientos diarios hasta el lugar de trabajo, las pequeñas tareas domésticas o cortar el césped (en nuestras latitudes el césped constituye uno de los peores enemigos de la vida social e intelectual).

En Grecia, la vida cotidiana no se regía por el reloj, sino por el sol, puesto que no existía ningún medio eficaz para conseguir luz artificial. La actividad se iniciaba con el alba. En el Protágoras de Platón, un joven ansioso por ver a Sócrates lo antes posible, va a visitarle tan temprano que encuentra al maestro todavía en la cama (o mejor dicho, “sobre” la cama, probablemente envuelto en su túnica) y debe buscar a tientas el camino hasta su lecho porque aún reina la oscuridad más completa. Evidentemente Platón considera que la visita tuvo lugar a una hora un tanto intempestiva, pero no le parece en absoluto un hecho escandaloso. Tal vez envidiemos a los atenienses corrientes que, al parecer, podían pasar un par de horas cada tarde en los baños o en el gimnasio (un espacioso centro atlético y cultural creado por la población para su propio uso).

No está a nuestro alcance tomarnos ese tiempo libre en medio de la jornada laboral. No, pero en cambio, nos levantamos a las 7:00, y entre afeitarnos, desayunar y ponernos la complicada panoplia con que solemos vestirnos, difícilmente estamos listos antes de las 8:30. Los griegos se levantaban en cuanto empezaba a clarear, sacudían la sábana en que habían dormido y se la ceñían con elegancia alrededor de su cuerpo a modo de traje, se dejaban la barba y no desayunaban, y en cinco minutos se encontraban dispuestos a enfrentarse a la vida. De hecho, la tarde no era la mitad del día sino algo mucho más próximo al final del mismo.

H. D. F. Kitto,
Los griegos

frente a los persas, pero también entraron en conflicto entre sí intermitentemente.

La ciudad griega (el núcleo urbano de la ciudad estado), con sus límites claramente definidos, su forma urbana compacta y —al menos aparentemente— su vida social integrada, a menudo presenta logros sin paralelo en el urbanismo moderno. Atrapados en las redes de la compleja situación actual, los urbanistas contemporáneos suelen mirar al pasado con nostalgia hacia lo que creen que fue una verdadera edad de oro de las ciudades. Sin embargo, la cultura griega estaba lejos de ser exclusivamente urbana. En palabras de Kitto: “La ciudad y el campo estaban estrechamente unidos, excepto en aquellas partes más remotas como Arcadia y Grecia occidental, donde no existían ciudades. La vida ciudadana, allí donde se desarrolló, siempre fue consciente del entorno que formaban el campo, las montañas y el mar, y la vida rural conocía las costumbres urbanas. Este hecho fomentó una actitud sana y equilibrada; la Grecia clásica desconocía por completo la resignada inmovilidad de la mentalidad esteparia y, en gran medida, el miope frenesí de las multitudes urbanas”.⁴ De modo similar, R. E. Wycherley observa que “la vida de la ciudad estado griega se basaba en la agricultura y siguió dependiendo de ella; ciudad estado y ciudad no eran necesariamente lo mismo, aun cuando la primera se encarnase, en gran parte, en la segunda”.⁵

El clima influyó de manera determinante y beneficiosa en la base de la vida cotidiana en la antigua Grecia; durante todo el año solía ser suave y estable. Como afirma Kitto, “Grecia es uno de esos países que tienen un clima y no solo tiempo bueno o malo. El invierno es riguroso en las montañas, pero en el resto es templado y soleado. El verano empieza pronto y es caluroso, pero, exceptuando las llanuras del interior, el calor no resulta nunca insoportable pues la atmósfera es seca y el calor se atenúa por la alternancia diaria de las brisas procedentes de la tierra y el mar. En verano rara vez llueve; el otoño y el final del invierno son las estaciones lluviosas”.⁶ Esta atractiva situación estimuló una actitud vital orientada al aire libre y a la vida comunitaria, que, a su vez, fomentó el desarrollo de la democracia griega.

Al menos en teoría, todos los ciudadanos tenían voz en los asuntos de su ciudad estado. Su población nunca fue numerosa; solo se conocen tres casos de más de 20.000 habitantes: Atenas (ciudad estado que ocupó la llanura del Ática y que en la mayoría de sus aspectos

constituye un caso atípico), Siracusa y Acragante (Agrigento), ambas en Sicilia. Muchas nunca sobrepasaron los 5.000 habitantes y las que lo hicieron, invariablemente se desarrollaron a partir de núcleos de origen aldeano. La posibilidad de reunir a todos los ciudadanos en cualquier época del año en un lugar y en un momento dados hizo factible la innovación griega del autogobierno. Las reuniones debían tener lugar al aire libre; no fue sino en épocas posteriores de la historia griega, cuando las técnicas constructivas estuvieron lo suficientemente avanzadas, que las asambleas, por entonces representativas, pudieron celebrarse en el interior de un edificio, el *bouleuterión*. De modo similar, las grandes representaciones teatrales al aire libre tenían lugar inicialmente al pie de auditorios naturales dotados de una pendiente adecuada. Posteriormente, estos se estructuraron a menudo como entidades arquitectónicas y paisajísticas de bella concepción.

El clima también concedió a los griegos el tiempo libre necesario para disfrutar de estos y otros privilegios cívicos. El nivel de vida de los griegos era ciertamente bajo en comparación con el de los romanos y otras civilizaciones más recientes. Pocas ciudades estado disfrutaban de condiciones agrícolas particularmente fértiles, aun cuando se necesitara relativamente poco esfuerzo para producir los alimentos básicos esenciales para vivir. Debe tenerse en cuenta la disponibilidad de mano de obra esclava, aunque no hay que exagerar su importancia. Si bien los griegos poseían esclavos “como todos los pueblos civilizados en la Antigüedad, y muchos otros desde entonces”,⁷ la creencia de que la cultura ateniense dependía de la esclavitud es, desde luego, falsa. La producción de una pequeña granja de tipo medio apenas satisfacía las necesidades domésticas del propietario, y aunque las granjas más grandes podían mantener unos pocos esclavos, no hay punto de comparación con las condiciones de despoblación rural existentes en Italia que dieron lugar a los *latifundia* romanos, las grandes fincas trabajadas por esclavos. En el primer tomo de su *History of Greece*, A. W. Gomme estima que antes de la Guerra del Peloponeso había solo en el Ática unos 125.000 esclavos distribuidos aproximadamente como sigue: 65.000 en el servicio doméstico, 50.000 en la industria y 10.000, con mucho, los que se enfrentaban a las peores condiciones, en las minas. (En esa misma época había unos 45.000 ciudadanos adultos de sexo masculino, de donde resulta una población superior a los 100.000 habitantes.) La esclavitud industrial era a pequeña escala; se supone que difícilmente empresa alguna empleaba a más de 20 esclavos. Kitto describe cómo los edificios de la Acrópolis fueron construidos mediante miles de contratos independientes: “Un ciudadano con un esclavo contrata la traída de diez carretadas de mármol, [otro] que emplea a dos atenienses y es dueño de tres esclavos contrata el estriado de una columna”.⁸ Los esclavos podían ocupar cargos de responsabilidad como, por ejemplo, “policías”; aunque sin la obligación ni el honor de servir en el ejército ni en la marina atenienses. La existencia de mano de obra esclava no hizo bajar los salarios a un nivel de mera subsistencia. Por el contrario, como indica Vere Gordon Childe, un jornalero ateniense del siglo V que percibiese el salario mínimo podía ganar en 150 días lo suficiente para asegurar el mínimo necesario en ropa y alimentos para todo el año.⁹ La aceptación general de este mínimo constituye la razón básica del por-

La democracia en el siglo de Pericles dio lugar a aquella dignidad inherente al individuo que nacía de la libertad de expresión, de un sentimiento de solidaridad con el prójimo y de una plena oportunidad para participar en los asuntos de la comunidad. El ciudadano ateniense experimentó el optimismo de la libertad y aceptó con honor y orgullo el desafío que suponía para su responsabilidad. El descubrimiento de la libertad fue un incentivo para la búsqueda de la verdad a que aspiran los hombres honestos. Se cultivaba la filosofía, y no había abismo que los sabios temieran explorar. Se estimulaba el raciocinio, se invitaba a la lógica y se investigaba la ciencia. Ninguna verdad podía permanecer encubierta y sin revelar. No es de extrañar que tal atmósfera auspiciara el nacimiento de una gran filosofía; tamaño grandeza solo puede cultivarse en la libertad, una libertad no exenta de inquietudes pero sí de prejuicios. Ese fue el ambiente cultural de donde surgieron Sócrates, Platón y Aristóteles.

Arthur D. Gallion,
Urbanismo, planificación y diseño

En la historia de la Antigüedad, el año 500 a. C. marca de hecho el término de una fase del desarrollo tecnológico en Oriente Medio y también en todo Occidente. Puede afirmarse que a lo largo del siguiente milenio prácticamente no se explotaría ninguna otra nueva materia prima, y que no se iba a introducir ninguna auténtica innovación en los métodos de producción. Los nuevos avances que iban a producirse pertenecerían en su casi totalidad al campo de la ingeniería, y la mayoría de los principios que incorporaban ya habían sido descubiertos y aplicados con anterioridad, aunque generalmente a escala más reducida.

En un repaso a este estado de cosas [...], los historiadores tienden a atribuirlo a una serie de causas, la primera de ellas, al uso ampliamente difundido de mano de obra esclava. Se argumenta que la base de la producción, los trabajos más duros, se ponían enteramente en manos de los esclavos y que el aumento de producción solo se podía lograr de dos maneras: mediante la adquisición de más esclavos o forzando a los que se tenían a trabajar con mayor ahínco. Puesto que la invención de nuevos medios de producción o la explotación de nuevos materiales es algo que no está en la esencia del esclavo, la posibilidad de cualquier desarrollo tecnológico ulterior llegó a un súbito final.

Henry Hodges,
Technology in the Ancient World

qué los griegos disponían de tanto “tiempo libre” para dedicarlo a sus actividades cívicas.

Otro factor, de efecto más inmediato en el carácter de las ciudades griegas, fue la fácil disponibilidad de mármol de alta calidad. Elaborado hasta los detalles más refinados, a través del mármol la arquitectura griega alcanzó niveles de perfección raramente logrados en la historia posterior. Los importantes edificios cívicos fueron concebidos como objetos artísticos tridimensionales, como esculturas autónomas, en cuya construcción no se regateaban gastos ni esfuerzos. Se cuidó la organización de las relaciones espaciales entre estos edificios, sobre todo en la Acrópolis de Atenas (fig. 2.18). Si bien algunos ejemplos aislados romanos y renacentistas rivalizan con la atención que los griegos prestaban a los detalles en el momento de configurar los espacios cívicos, esta no fue comprendida ni valorada durante la Edad Media, y aunque sigue siendo de una necesidad vital en el siglo xx, ni se aprecia ni, según parece, es posible lograrla en la actualidad.

No obstante, y ello cuadra perfectamente con el sistema de valores griego, había solo una preocupación mínima por las comodidades domésticas. A diferencia de los edificios cívicos, las viviendas no eran más que edificios rudimentarios, ya estuviesen agrupados al azar en barrios de crecimiento orgánico, o rígidamente organizados según las alineaciones de una retícula básica. Este marcado contraste entre el esplendor de las áreas cívicas y la pobreza de la vivienda es típico de las ciudades griegas.

La aparición de la civilización griega

La civilización griega tuvo sus antecedentes directos en las culturas micénica y minoica, establecidas respectivamente en Grecia continental y en la isla de Creta. De este modo se sabe que Grecia tuvo lazos directos al menos con las civilizaciones sumeria y egipcia. “Hacia 2000 a. C. aparece la escritura”¹⁰ en la civilización minoica, tras más de un milenio de interacción entre los pueblos neolíticos cretenses, que funcionaban en una economía mixta de subsistencia basada en la caza y la pesca, y los inmigrantes del delta del Nilo y Asia Menor. Inicialmente la cultura minoica se desarrolló en Creta oriental, bajo la influencia continuada de los inmigrantes procedentes de Asia Menor, antes de difundirse hacia la meseta de Mesara, donde gracias a la fertilización cruzada debida a los contactos egipcios se desarrolló “la cultura más rica del Minoico Antiguo II-III”¹¹. A partir de 2000 a. C. aproximadamente, durante el período Minoico Medio (que se extiende hasta 1580 a. C.), la combinación entre la riqueza adquirida mediante el comercio y la inspiración derivada del contacto con los pueblos civilizados del sur y del este hizo posible la primera civilización netamente europea.

La civilización en Creta alcanzó su apogeo durante los tiempos del Minoico Reciente I-II. El comienzo de este período lo señala la reconstrucción del palacio de Cnosos tras su destrucción por un terremoto; su fin probablemente coincide con el advenimiento del dominio micénico. La ciudad minoica típica se concentraba alrededor de un centro formado por el palacio y una especie de ágora, un espacio abierto para

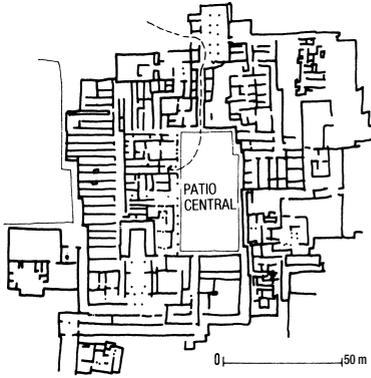


Fig. 2.2. Cnosos fue una entre las ciudades desarrolladas en torno a un núcleo palaciego construidas en Creta central por los monarcas minoicos. Fue notable por el sistema de evacuación de aguas residuales que servía a una parte del sector doméstico del núcleo palaciego.



Fig. 2.3. Gurnia, situada en el este de Creta, cerca de la gran bahía de Yerápetra, consistía en unas 60 casas, en su mayoría de dos plantas, apiñadas en una loma caliza. Ocupaba una superficie de casi 3 ha. En la cima, el palacio daba a un gran espacio público que pudo haber sido utilizado como mercado.

reuniones festivas y posiblemente políticas.¹² El exponente más importante de este tipo de aglomeración urbana desarrollada en torno a un palacio es Cnosos, situada a unos 6 km tierra adentro de las costas septentrionales de la isla (fig. 2.2).

En la Grecia continental los pueblos de la cultura heládica antigua fueron conquistados, hacia 1800 a. C., por campesinos más belicosos, probablemente indoeuropeos de habla griega. Su civilización —el Heládico Reciente, más conocido como Micénico— alcanzó su máximo esplendor en el siglo XVI a. C. Aunque hubo evidentes influencias minoicas, Clark subraya que la cultura micénica estaba firmemente enraizada en la península griega.¹³ Culminando con la destrucción de Cnosos hacia 1400 a. C., los pueblos micénicos conquistaron Creta y establecieron su hegemonía en todo el mundo egeo. Childe escribe sobre su civilización en términos despectivos calificándola de semibárbara, prácticamente analfabeta y altamente militarista.¹⁴ Sus “ciudades”, sobre todo la propia Micenas (fig. 2.4) y Tirinto (fig. 2.5) eran, como sus precursoras cretenses, poco más que pueblos fortificados en torno a un castillo. Micenas tenía una superficie de solo 4,5 ha; Tirinto, al estar cercada por murallas de 8 m de grosor y 18 m de altura, se extendía sobre solo 2 ha, de las cuales 8.000 m² estaban ocupados por el palacio. Troya, cuya sección transversal muestra la fig. 1.7, apenas sobrepasaba 1,5 ha de superficie.

Durante el siglo XIII el poder micénico entró en una fase de declive. “Otros conquistadores, los dorios, procedentes del norte y del centro de Grecia, marcaron el repentino final de una larga civilización y el inicio de una época de tinieblas, tres siglos de caos, tras los cuales empezó a emerger la Grecia clásica”.¹⁵ La opinión actual es que resulta más verosímil suponer que la Grecia europea se recuperara antes que Jonia de este revés, ya que, tras el restablecimiento de la cultura urbana, encabezó el movimiento colonizador posterior a 750 a. C. Entre 900 y 600 a. C. las ciudades estado evolucionan tanto en Grecia como en Jonia, en tanto Esparta “imponía su primacía en el Peloponeso y se convertía en pueblo hegemónico, reconocido como tal, de la estirpe helénica”.¹⁶ Aunque en esa época era solo una potencia de segundo o tercer orden, Atenas logró llevar a cabo la unificación del Ática. Su poder se desarrolló con lentitud, y no fue sino hasta un período de 20 años de provechosa administración bajo Pisístrato (546-527) cuando se convirtió en una ciudad de significación internacional. Hacia el siglo VI a. C. las ciudades griegas en general habían alcanzado altos niveles de civilización.

La aportación hecha por la Atenas del siglo V a la cultura griega, y a la europea en general, es, en palabras de Kitto, completamente asombrosa; afirma que a menos que nuestro criterio de valoración de una civilización se base en la comodidad y los artefactos, Atenas desde (digamos) 480 a 380 fue, sin duda, la sociedad más civilizada que ha existido hasta ahora. Bajo el caudillaje de Esparta primero, y de Atenas después, los griegos derrotaron a los persas entre 499 y 479, pese a que muchas ciudades fueron destruidas por los invasores, entre ellas Mileto en 494 y la propia Atenas en 480. (Los modos totalmente diferentes en que se llevaron a cabo estas dos oportunidades de reconstrucción se describen más adelante.)

La victoria inspiró a los atenienses. En los 50 años que van de las Guerras Médicas a la Guerra del Peloponeso, “aspiraron a, y consolidaron

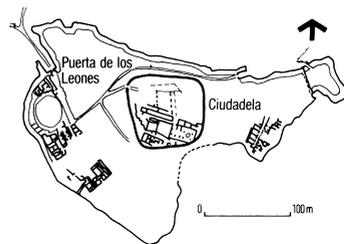


Fig. 2.4. La ciudadela de Micenas fue ocupada por primera vez alrededor de 3000 a. C. y la “ciudad” que se formó en torno a ella alcanzó el cénit de su prosperidad de 2200 a 1600 a. C. Se cree que durante este período la ciudadela estuvo ocupada por el clan dominante y posiblemente por artesanos cualificados. La vieja Micenas fue destruida alrededor de 1100 a. C., pero volvió a establecerse durante algún tiempo; la ciudad envió tropas para luchar contra los persas en 480 y 479 a. C., antes de su destrucción definitiva en 468 a. C.



Fig. 2.5. Tirinto se considera como “capital” secundaria y menor de los gobernantes micénicos. La superficie comprendida dentro de la ciudadela era de solo 2 ha, pero fuera de las murallas el asentamiento se extendía, ocupando parte de la llanura existente al este de las colinas. La ciudadela, tal como se ilustra en el grabado, constaba de dos partes: el palacio, en el extremo meridional, más elevado, y un sector interior a la muralla que servía de refugio a la población vecina.

por cierto tiempo, un imperio que comprendía y controlaba no solo todo el Egeo, sino también el golfo de Corinto y Beocia: y había quien había soñado y seguía soñando en la conquista de la lejana Sicilia”.¹⁷ Este período álgido de la historia de Atenas se conoce como el Siglo de Pericles, por el nombre de su dirigente más notable, Pericles, quien dominó la Asamblea desde 461 hasta su muerte en 429. Su política convirtió a Atenas en el centro artístico indiscutible de Grecia: sus arquitectos crearon los incomparables edificios de la Acrópolis, y sus escultores, pintores y ceramistas no tenían igual, y “el arte más ateniense de todos, la tragedia, fue consolidándose año tras año”¹⁸

Sin embargo, según W. B. Dinsmoor, “La supremacía de Atenas en la región egea del mundo griego fue efímera, pues una serie de largas guerras, la del Peloponeso (431-404 a. C.) y la de Corinto (395-387 a. C.), agotaron todas sus energías y la privaron de su hegemonía política. Así pues, la caída de Atenas en 404 a. C. puede considerarse, con razón, como el inicio de una nueva época; humillada y empobrecida, no estaba en condiciones de mantener la alta excelencia artística que había logrado bajo Pericles”.¹⁹ A continuación, primero Esparta (404-371 a. C.) y más tarde Tebas (371-362 a. C.) se convirtieron en las potencias dominantes, hasta que, como resultado de la batalla de Queronea en 338 a. C., los griegos se vieron obligados a someter su independencia a los macedonios bajo el rey Filipo II. Su celebrado hijo —Alejandro Magno (336-323 a. C.)— consolidó su victoria antes de desviar su atención hacia Oriente para conquistar Persia. Alejandro intentó mantener su poderío por todo su vasto imperio fundando nuevas ciudades griegas, entre las que destaca Alejandría (331 a. C.), anticipando así la política adoptada por la Roma imperial.

El término “helénico” suele aplicarse a la civilización griega antes de la conquista macedónica. Después, “las ciudades griegas perdieron algo vital, aunque no sin ciertas contrapartidas, y algunas de las mejores cualidades del arte y la arquitectura griega desaparecieron; la forma modificada de la cultura griega que se da en siglos posteriores se distingue convenientemente con la denominación de helenística, aunque la fecha límite inferior hasta la cual es aplicable no está perfectamente definida; a partir del siglo I a. C., cuando el poderío romano había sustituido al de los monarcas helénicos en el Mediterráneo oriental, se suele hablar de la Grecia romana”.²⁰ Este capítulo se limita por su parte a las ciudades estado helénicas de los siglos VI y V a. C.

La aportación griega

Los griegos hicieron algunas aportaciones inmensamente significativas para la historia del urbanismo, aportaciones que se describen en el presente capítulo en orden cronológico y no por su importancia relativa. En primer lugar se produjo la actividad colonizadora por la cual se contuvo la urgencia del crecimiento urbano mediante el envío de grupos expedicionarios para fundar nuevas ciudades en otras partes del Mediterráneo. Más o menos coetánea a esta actividad fue la evolución de los dos focos inseparables de las ciudades griegas: la acrópolis como centro religioso y el ágora como el centro cotidiano destinado a

Los atenienses ocupaban un territorio, Ática, algo más pequeño que el condado de Gloucester, y en el período de máximo esplendor de su civilización su número fue aproximadamente igual al de la población de Bristol, tal vez algo inferior. Así era el estado que a lo largo de dos siglos y medio vio nacer a Solón, Pisístrato, Temístocles, Arístides y Pericles, entre los hombres de estado; a Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanos y Menandro, entre los dramaturgos; a Tucídides, el más impresionante de los historiadores, y a Demóstenes, el más dotado de los oradores; a Mnesicles y a Ictino, arquitectos de la Acrópolis, y a Fidias y Praxiteles, escultores; a Formio, uno de los más brillantes almirantes de su flota; a Sócrates y a Platón, y en esta larga enumeración no se cita a muchos otros de talento apenas inferior. Durante este mismo período Atenas rechazó a los persas en las batallas de Platea y de Maratón con un ejército de tan solo mil hombres e hizo más que todos los demás pueblos de Grecia juntos al conseguir la victoria en la aún más crucial batalla de Salamina, creando el único imperio verdaderamente griego que haya existido jamás.

H. D. F. Kitto,
Los griegos

múltiples fines; estos serán objeto de una detallada descripción junto con otros componentes de la forma urbana griega. Por último, se tratará del uso que hicieron los urbanistas griegos de la retícula desde principios del siglo v a. C. como base de un método sistemático de la organización de ciudades. En el cap. 1 se ha mostrado cómo, en contra de la opinión generalizada, es más que verosímil que los griegos no fueran los primeros en planificar ciudades, sino que este mérito probablemente debe atribuirse a los sacerdotes de la cultura de Harappa o incluso a sus antecesores de origen aún indeterminado, exterior a la cuenca del Indo (véase pág. 28).

El período griego es también notable por los claros contrastes que revelan las dos corrientes de desarrollo urbano: la forma urbana resultado del planteamiento —ciudades nuevas o barrios ciudadanos reestructurados— y el modelo debido al crecimiento orgánico, del que la ciudad de Atenas es, con mucho, el ejemplo más sobresaliente.

Actividad colonizadora

Desde 750 a. C. aproximadamente y durante algo más de 200 años, las ciudades estado griegas se vieron envueltas en un proceso de control del crecimiento urbano cuya importancia solo fue apreciada a intervalos a lo largo de los siglos siguientes, hasta que Ebenezer Howard lo tomó como base del revolucionario movimiento de la ciudad jardín. Este proceso comprometió a los griegos en la creación de nuevas ciudades estado (colonias), uno de cuyos fines primordiales era el de aliviar el exceso de población de la ciudad madre (metrópolis).

Los griegos se vieron forzados a seguir este proceso porque, según Wycherley, “siempre habían sido una raza fértil y la naturaleza del país imponía un límite de población muy definido”,²¹ y no como resultado de un razonamiento intelectual acerca del tamaño ideal de las ciudades. Además, aunque probablemente con una incidencia secundaria, comparada con las presiones debidas al crecimiento, los griegos desarrollaron rápidamente contactos comerciales con las colonias establecidas al efecto a lo ancho y a lo largo de prácticamente todo el Mediterráneo. En esto seguían el ejemplo de los fenicios, que también practicaban un comercio considerable en el área.

En 734 a. C. los corintios fundaron Siracusa en Sicilia. Marsella, cuyo origen data también de esta primera fase de la expansión colonial griega, es del siglo vii a. C., y “el emplazamiento de la antigua ágora grecofenicia siguió siendo el mismo del posterior foro romano e incluso de la plaza del mercado de la época medieval”.²² Nápoles y Pompeya son otros ejemplos lejanos de fundaciones griegas tempranas. Mileto, que más tarde se convertiría en símbolo del planeamiento unido al nombre de Hipodamo, fue el punto de partida de una colonización gigantesca, desde donde se originaron al menos 70 colonias.²³

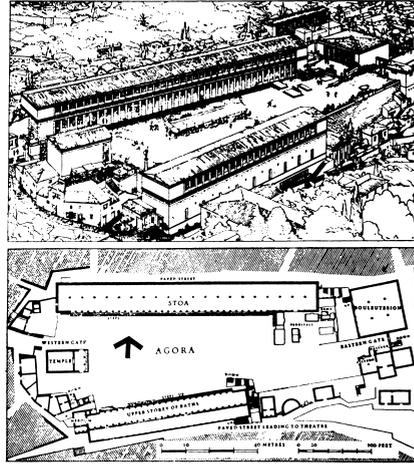
Cada una de las colonias era una ciudad estado organizada según el modelo social y económico de la metrópolis, pero, en contraste con los modelos de crecimiento orgánico generalmente incontrolados de la metrópolis, la mayoría de las colonias se desarrollaron según directrices planificadas.

Desde tiempos neolíticos, las costas e islas del Egeo fueron exploradas por marineros ansiosos de comercio o en busca de nuevos territorios para colonizar; en el cénit de su poderío, los micenios mantuvieron posesiones tan alejadas como la Italia meridional, Sicilia y las islas Lipari, y establecieron una red comercial que cubría amplias regiones de Europa desde Iberia y la Britania meridional, al oeste, y Ucrania e incluso Transcaucasia, al este.

Ya durante el siglo viii a. C. los griegos de Jonia habían comenzado a explorar la costa norte de Asia Menor y a su debido tiempo establecieron estaciones comerciales en Trebisonda y Sínope, la primera para la carga del hierro, el cobre y el oro procedentes de Transcaucasia, y la segunda para su transbordo a navíos de mayor tamaño. Sin duda las aventuras de estos pioneros fueron las que inspiraron el mito de los argonautas en busca del Vellocoino de Oro, incorporado en la *Odisea*. Durante el siglo siguiente la exploración se extendió a las costas del norte y del oeste, favorecida sin duda por la abundante pesca existente en los grandes ríos de Rusia meridional, el Bósforo y el mar de Azov, que se comercializaba seca o conservada en tarros, por la sal que podía obtenerse fácilmente en los grandes estuarios y por la miel y la cera, de las que es sabido que abundaron en la Rusia medieval y cuya importancia ya señalaba Herodoto.

Grahame Clark,
La Prehistoria

Fig. 2.6. Assos. Plano reconstruido del ágora, y una vista hipotética en perspectiva. La forma trapezoidal del ágora que se ensancha en su extremo occidental se vio determinada por el contorno de la estrecha terraza sobre la que se emplazaba.



Componentes urbanos griegos

Los elementos básicos del plano típico de la ciudad griega comprenden la acrópolis, la muralla que rodea la ciudad, el ágora, los barrios residenciales, una o más áreas destinadas a fines recreativos y culturales, un recinto religioso (en caso de estar separado de la acrópolis), el puerto y los muelles y posiblemente un barrio industrial. La integración de estas partes —con la excepción de las dos últimas— en la ciudad queda muy bien ilustrada en el caso de Priene (fig. 2.1).

La acrópolis es el término general que designa el núcleo defensivo original situado en la cima de una colina de las ciudades griegas más antiguas y la ciudadela fortificada de muchas fundaciones coloniales. Desde su primitiva condición de emplazamiento de toda el área urbana, evolucionó gradualmente hasta convertirse en el santuario religioso de la ciudad, como en el caso paradigmático de Atenas, o fue abandonada quedando fuera de los límites de la ciudad, como en Mileto. Mientras la ciudad conservó un tamaño limitado, centrado en la acrópolis, no hubo necesidad de cercar aquella con una muralla defensiva. En caso de ataque los ciudadanos se refugiaban en la acrópolis hasta que se producía la rendición o los atacantes abandonaban el asedio. Al estar situados en la acrópolis todos los edificios importantes, solo podía perderse una parte de las viviendas hasta cierto punto sacrificable.

Sin embargo, a partir de los siglos VI y V, el valor de las inversiones tanto en términos reales como sentimentales fuera de la acrópolis eran lo suficientemente importantes como para requerir protección, hecho que se dio por primera vez en las ciudades jónicas. La sociedad democrática griega de esta época también exigía seguridad para toda la comunidad; la fortificación de la acrópolis con independencia del resto se consideraba antidemocrática y símbolo de tiranía.²⁴ Fue Aristóteles quien, tratando el tema de las murallas de la ciudad, dijo que una acrópolis es adecuada para la oligarquía y la monarquía, y un lugar nivelado lo es para la democracia.²⁵

No todas las ciudades griegas estaban fortificadas. La ordenación típica es la de Atenas, Mileto y Priene, donde las murallas rodean con holgura tanto las áreas urbanas planificadas como el resto, apro-

En Grecia, la urbanización de auténticas plazas no tuvo lugar sino a partir de 500 a. C. El planeamiento urbano como tal, la acción colectiva consciente e integrada, más allá de la mera construcción de casas individuales, ya era conocido en la India y en Egipto en el tercer milenio a. C., pero no así el estímulo que impulsó a configurar un hueco dentro de la ciudad para convertirlo en el espacio tridimensional que denominamos “plaza”. Ello puede tener una explicación sociológica: solo en el seno de una civilización en la que el ser humano anónimo se hubiese convertido en “ciudadano”, donde la democracia estuviera arraigada en cierto grado, podía adquirir el lugar de reunión la importancia suficiente como para adoptar una configuración específica. Este desarrollo sociológico corrió parejo con un fenómeno estético: solo cuando evolucionó la plena conciencia del espacio y empezó a difundirse una cierta percepción sensible del desarrollo espacial —compárese la escultura esencialmente frontal de Egipto y Mesopotamia con la redondez de la escultura clásica griega—, y solo entonces, el vacío situado frente a un edificio, alrededor de él o en su interior pudo convertirse en algo más que la simple contrapartida de un volumen articulado.

Paul Zucker,
Town and Square

vechando al máximo las características del terreno. La muralla parece más una idea posterior, en contraste con el perímetro amurallado rígidamente rectilíneo de los asentamientos ordinarios durante el Imperio romano que se establecía en la fase inicial de la fundación (véase pág. 60). Dos razones por las cuales las murallas de las ciudades griegas resultan más flexibles que esos constrictivos cinturones de la forma urbana que encontramos en eras posteriores son el equilibrio de población que se establece entre las zonas urbanas y las rurales de las ciudades estado, y la política de limitar la población mediante la fundación de nuevas ciudades. “El término ‘ágora’ —observa Wycherley— es casi intraducible, puesto que designa algo tan peculiarmente helénico como la *polis* o la *sofosinia*. Difícilmente las plazas públicas de cualquier otra ciudad han visto jamás una concentración tan intensa y sostenida de actividades diversas. De hecho el ágora no era una simple plaza pública, era el centro neurálgico de la ciudad, su corazón viviente. A pesar de la inevitable dispersión y especialización de sus funciones, retuvo una parte efectiva de las varias que le eran propias. Siguió siendo esencialmente un todo unitario, o al menos se resistió fuertemente a la división. Era el lugar de reunión permanente de todos los ciudadanos, y no adquiría vida solo ocasionalmente sino que era el escenario cotidiano de la vida social, de los negocios y de la política”.²⁶ Como punto focal de las ciudades resultado del planeamiento, el ágora se situaba lo más cerca posible del centro o, en las ciudades portuarias, junto al puerto. En las ciudades no planificadas el emplazamiento habitual del ágora se encontraba entre la puerta principal de la ciudad y la entrada a la acrópolis. Atenas lo ilustra claramente.

Para los griegos, preocupados en asuntos intelectuales, la vida doméstica estaba en segundo plano respecto a la actividad comunitaria. En consecuencia, para citar de nuevo a Wycherley, “los griegos del siglo V volcaron lo mejor de sí mismos, desde un punto de vista arquitectónico, en sus templos y edificios; en el esquema de la ciudad griega las viviendas juegan un papel secundario. El ágora, los santuarios, el teatro, los gimnasios y demás ocupaban un emplazamiento fijo determinado por la santidad o la conveniencia del lugar, las viviendas simplemente rellenaban el resto”.²⁷

Las comodidades domésticas eran mínimas. El alcantarillado y la recogida de basuras eran más o menos inexistentes y el contraste entre la magnificencia de las áreas cívicas y la miseria de los barrios residenciales fue probablemente tan marcada como en cualquier otro momento de la historia urbana. En las ciudades, planificadas o no, las casas adoptaban invariablemente la forma de una serie de habitaciones agrupadas alrededor de un patio (fig. 2.7). Sin embargo, la distribución de las estancias no sigue un patrón fijo. Incluso en Mileto y Priene, con sus módulos repetitivos de manzanas residenciales, las distintas viviendas son de planta y tamaño diferentes.

La economía de las ciudades estado griegas, basada en buena medida en la mano de obra esclava, permitió a los ciudadanos disponer de mucho tiempo libre que podían emplear en discusiones intelectuales o actividades colectivas. Para cubrir estas últimas, se empezaron a desarrollar tipos de edificios especializados como el teatro, el gimnasio y el estadio, que se consideraban esenciales en toda ciudad. El teatro

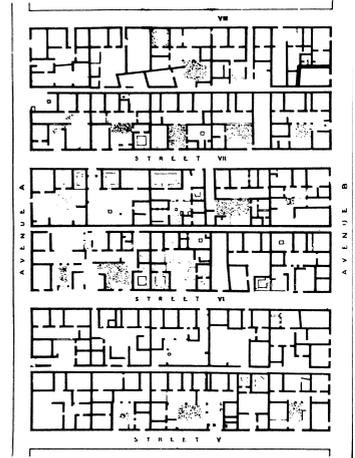
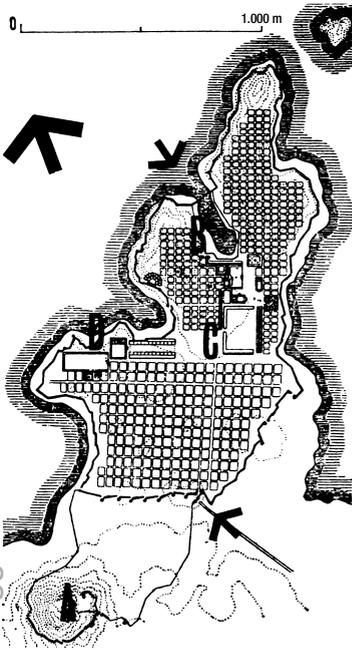


Fig. 2.7. Detalle de la zona residencial en la colina norte de Olinto, construida después de 432 a. C. según un trazado en retícula basado en dos calles principales paralelas a la cresta de la montaña (avenidas A y B), con numerosas calles perpendiculares que se alternaban con callejones traseros que dividían las manzanas residenciales en dos partes. Las zonas sombreadas que aparecen en el interior de las casas representan el patio interior alrededor del cual estaban dispuestas las estancias. Al igual que en los períodos históricos precedentes, el tipo de vivienda construida alrededor de un patio era el modelo general de vivienda urbana en Grecia. Este trazado podría muy bien formar parte de un tipo de viviendas de nuestro tiempo, tal vez concebido de acuerdo con los postulados elaborados por Christopher Alexander y Serge Chermayeff en *Comunidad y privacidad*; no obstante, nótese la amplia variedad de distribución de estancias en las áreas residenciales típicas, hecho que quizás podría ser indicativo de que la construcción estuvo a cargo de los propios usuarios dentro de un marco de planeamiento estrictamente controlado. ¿No es esta una de las direcciones a que debería tender la vivienda urbana del siglo XX?

requería un auditorio en una pendiente natural adecuada, que en muchas ciudades se encuentra en el lado sur de la acrópolis. Con frecuencia, estas funciones culturales y recreativas se hallaban agrupadas.

Urbanismo sistemático

Da la coincidencia de que las dos ciudades griegas producto del planeamiento de mayor significación, Mileto y Priene, se encuentran situadas a poca distancia una de otra, en la costa de Jonia, en Asia Menor. Priene es el ejemplo más completo, y en palabras de Wycherley “contiene todos los elementos propios de una *polis*, todos ellos muy explícita e ingeniosamente dispuestos y subordinados al plano hipodámico”.²⁸ Comparada con Mileto, que en época romana durante el siglo I d. C. llegó a tener entre 80.000 y 100.000 habitantes, Priene solo estaba compuesta de unas 400 casas, con una población de 4.000 habitantes como máximo. Se describirá Mileto en primer lugar porque su reconstrucción antecede a la de su vecina en más de un siglo; por otra parte, Mileto permite presentar el método sistemático de planeamiento urbano atribuido a Hipodamo.



Mileto e Hipodamo

Mileto jugó un papel importante en la paulatina consolidación del poder comercial y militar griego entre los siglos X y VI a. C., pues desde allí se fundaron gran número de colonias, circunstancia que finalmente la situó a la cabeza de una poderosa confederación de ciudades estado. A principios del siglo V Jonia fue invadida por los persas y en 494 a. C. Mileto fue tomada, saqueada y destruida. Puede afirmarse con toda seguridad que la ciudad vieja fue el resultado de siglos de crecimiento orgánico fortuito, en contraste con la forma sistemática de algunas de sus colonias posteriores. Al reconstruir Mileto a partir de 479 a. C., se aprovechó la oportunidad para proyectar “una ciudad completamente nueva y moderna diferente a la de los atenienses, quienes también acababan de enfrentarse a la destrucción de su ciudad, pero que gradualmente restablecieron el *statu quo* ante con la adición de templos aún más magníficos”.²⁹

El plan director para la reconstrucción de la ciudad fue elaborado por un arquitecto milesio, Hipodamo de Mileto, cuya intervención urbanística en Mileto y en otras partes se ha convertido en uno de los mitos más insidiosos de la historia del urbanismo. Tradicionalmente Hipodamo ha sido venerado como el “padre del urbanismo” e inventor de la retícula. En este sentido los historiadores han interpretado mal sus logros, un poco de la misma manera en que los admiradores de Christopher Wren han reivindicado para él una capacidad como urbanista a todas luces injustificada y los críticos del barón Haussmann han distorsionado su papel en la renovación del París de mediados del siglo XIX.

Es un hecho comprobado que Hipodamo no fue el inventor de la retícula; en el capítulo anterior se ha descrito su aplicación en el trazado de partes planificadas de ciudades en épocas tan tempranas como 2670 a. C. y su probable función como reguladora de la forma urbana de

Fig. 2.8. Mileto. Plano general tal como ha sido excavado por Gerkan. La ubicación original en una península situada en el lado sur del estuario del río Meandro, frente a Priene, desapareció hace ya mucho tiempo, debido al enarenamiento de la bahía (suerte parecida a la que correría Winchelsea en los siglos XIV y XV, véase pág. 142). A, primer asentamiento fortificado en la cima de la colina, una especie de acrópolis; B, el puerto principal; C, el complejo del ágora; D, el teatro y los demás equipamientos para actividades culturales y de ocio.

las ciudades de la cultura de Harappa, a principios del tercer milenio. Sin embargo, la afirmación de que fue el “padre del urbanismo” puede contener algo de verdad. Si se admite que las ciudades de la cultura de Harappa fueron los primeros asentamientos planificados que se conocen, hay que reconocer que se anticiparon a Hipodamo en dos milenios como mínimo (conviene ser precavido a causa de las excavaciones arqueológicas en curso en la cuenca del Indo, así como tener siempre presente la posibilidad de hallazgos significativos en otros lugares). Pero si Mohenjo-Daro, Harappa y otras ciudades coetáneas del valle del Indo no merecen ser elevadas a la categoría de ciudades planificadas, entonces puede admitirse que Hipodamo sentó un precedente significativo con su plan para Mileto.

La consideración clave es si fue Hipodamo el primero que, en un momento dado, organizó todos los elementos que componen una ciudad nueva —área central, viviendas, comercio, equipamientos culturales y para el ocio y una muralla defensiva— dando forma a una entidad urbana integrada. Pudiera parecer poco probable en base al escaso conocimiento que se tiene acerca de lo que realmente ocurrió en Mileto, pero poseemos ejemplos modernos ampliamente documentados de individuos que forzaron un cambio de dirección en las tendencias de crecimiento urbano (Ebenezer Howard como el instigador del movimiento de la ciudad jardín y Constantino Doxiadis como cerebro de diversos planes urbanísticos de mediados del siglo xx podrían ser dos ejemplos al respecto).

A pesar de toda su significación en la historia del urbanismo, Hipodamo sigue siendo una personalidad misteriosa sobre la que disponemos de escasa información fidedigna. El propio Aristóteles ha contribuido a la creación del mito con su observación de que Hipodamo era “hijo de Eurifono, natural de Mileto, el mismo que inventó el arte de urbanizar ciudades, y que también realizó el trazado del Pireo; un hombre extraño, cuyo afán de distinción le hizo llevar una vida excéntrica, lo que hizo pensar a algunos que era afectado [...], aparte de aspirar a ser un experto en el conocimiento de la naturaleza, fue el primero que, no siendo hombre de Estado, se planteó cuál sería la mejor forma de gobierno”.³⁰

Se le han atribuido varios proyectos de ordenación urbana y podemos considerarlo con certeza el responsable de Mileto, su primera obra; luego se trasladó a Atenas con un encargo de Pericles para trazar la nueva ciudad portuaria del Pireo, hacia 450 a. C.; siguió al Pireo, la colonización de Turios, en el sur de Italia, a partir de 443 a. C. Anthony Kriesis describió esta ciudad como una comunidad progresista que creía en el planeamiento, y que empleó a Hipodamo para que les construyera una ciudad modélica.³¹ Hoy en día se descarta que fuera el responsable del planteamiento de la nueva ciudad de Rodas, en 408 a. C. Paul Zucker descarta esta posibilidad considerándola como altamente improbable, puesto que para entonces había llegado ya a una edad avanzada poco común incluso para un urbanista.³²

Mileto: el plano

De importancia incluso mayor que la forma detallada del plano de Mileto es la actitud clarividente de los milesios, que parecen haber ima-

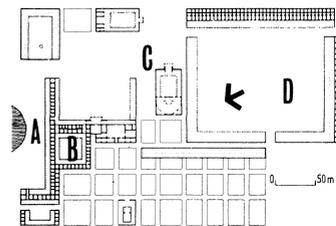


Fig. 2.9. Mileto. Plano de detalle de la zona del ágora en el siglo II a. C. (el puerto queda a la izquierda). A, puerto e instalaciones portuarias; B, gran patio porticado, rodeado de tiendas y oficinas; C, edificio del Concejo (175-164 a. C.) con un patio porticado en la parte anterior; D, ágora sur (siglo III a. C.). Posteriormente, durante los siglos I y II bajo la dominación romana, se añadieron más edificaciones a la zona del ágora (véase plano del siglo II d. C. en R. E. Wycherley, *How the Greek Built Cities*). Según R. E. Wycherley: “La construcción del puerto constituyó el primer proyecto arquitectónico importante del nuevo ágora, y aparte de dotar a la ciudad de unos buenos muelles, proporcionó también instalaciones adecuadas para los comerciantes cuando renació la prosperidad mercantil de Mileto. La zona del puerto fue la que, naturalmente, se desarrolló en primer lugar [...]. Los diversos arquitectos que se fueron sucediendo en la ejecución de la magna obra mantuvieron su unidad y su subordinación al plano general de calles”.

Plano de Mileto en Jonia de alrededor de 470 a. C. según A. von Gerkan. Los historiadores del urbanismo siempre han mostrado un intenso sentimiento de afectación por este ejercicio coaccionado por la modulación que, si es que se llevó alguna vez a la práctica, tuvo que ser una pesadilla para cualquiera que pensara en tres dimensiones. Debí ser un laberinto de paredes blancas, pues todas las casas griegas estaban rodeadas por un muro, desprovistas de signos de identidad o rasgos ornamentales de identificación, e insensibles a un emplazamiento de espectacular belleza.

Una muralla que seguía el contorno de los acantilados impedía la visibilidad y el acceso a los mismos, como si se tratara de garantizar que los habitantes de un teorema de inspiración divina no se distrajeran con las irregularidades de la naturaleza.

Sibyl Moholy-Nagy,
Urbanismo y sociedad

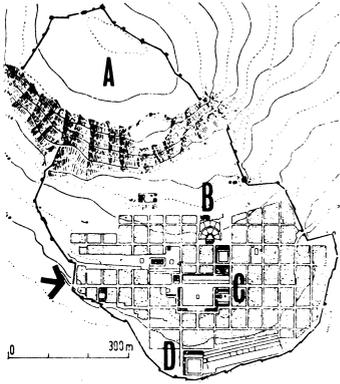


Fig. 2.10. Priene; plano general (norte en la parte superior). Las curvas de nivel, tanto las de trazo discontinuo como las de trazo continuo, están a intervalos de 25 m; la cota de los 50 m de altitud pasa por la puerta principal occidental de entrada a la ciudad. El antiguo cauce del río Meandro permitía el acceso por vía fluvial desde un punto situado a escasa distancia descendiendo por la pendiente hacia el sur.

A, la Acrópolis, elevándose a más de 375 m sobre el nivel del mar (unos 300 sobre el ágora); B, teatro; C, el complejo del ágora; D, gimnasio y estadio.

ginado el futuro de su ciudad recuperando gran parte de su grandeza pasada, y haber actuado en consecuencia.³³ Aunque los supervivientes que regresaron a la ciudad debieron tener sobrados motivos para recomenzar su reconstrucción a pequeña escala siguiendo las restituidas alineaciones orgánicas (al igual que ocurriría en la reconstrucción de la City de Londres después del incendio de 1666), los ciudadanos optaron, en cambio, por adoptar un plano que no solo sirviera para las fases iniciales de reconstrucción, sino que más tarde pudiera convertirse en la base de la incorporación a la ciudad de la vasta superficie que habría de ocupar la ciudad romana del siglo I d. C. Como resultado de esta expansión imprevista, la ciudad no vio alterada su forma ni hubo necesidad de demoler casas para dejar espacio al ágora, considerablemente ampliada, con su correspondiente conjunto de espacios y edificios.

En la reconstrucción iniciada en 479 a. C., Mileto ocupaba toda una península rocosa de la accidentada costa del Egeo, situada al norte de la acrópolis original (fig. 2.8). Al principio las nuevas murallas circundaban esta colina, pero más tarde se construyó otra que la dejaba fuera del recinto. El ágora rectangular estaba situada en el centro y uno de sus lados largos conducía a la ensenada protegida del puerto. De las tres distintas áreas residenciales, la que se encuentra situada más al sur, formada por manzanas considerablemente mayores, data de época romana. Al oeste del ágora, y agrupados alrededor de una segunda ensenada, se emplazan el teatro, el gimnasio y el estadio. El recinto intramuros tiene una superficie de unas 90 ha y sus dimensiones máximas a lo largo y ancho de la península son de 1.800 × 1.100 m, respectivamente. Steen Eiler Rasmussen señala que Mileto alcanzó bajo la dominación romana una prosperidad aún mayor, llegando a ser una gran ciudad de 80.000 a 100.000 habitantes.³⁴ Su definitiva decadencia data del siglo II d. C.

Priene

Frente a Mileto, al otro lado del valle del río bautizado con el apropiado nombre de Meandro, se inició en 350 a. C. la construcción de Priene en una estribación del monte Micala orientada al sur, en sustitución de un asentamiento cercano abandonado. La ciudad se emplazaba sobre cuatro amplias terrazas que permitían escalonar el desnivel de casi 100 m existente entre la acrópolis y el estadio y el gimnasio situados en su extremo sur (fig. 2.10). El templo de Atenea Polias, el teatro, un segundo gimnasio y el ágora se encuentran situados en dos terrazas intermedias. El plano se basa en una retícula formada por siete calles dispuestas de este a oeste que siguen las curvas de nivel, y un total de 15 caminos escalonados de dirección norte-sur que establecen el acceso entre ellas, adaptándose a la pendiente de la ladera. Las calles principales tienen una anchura de 7 m y las demás de 4 m. Las calles y caminos tienen orientación este-oeste y norte-sur, respectivamente; las manzanas que determinan son de tamaño regular, de 46 × 35 m, y contienen una media de cuatro viviendas.³⁵ Se ha estimado que existieron en Priene unas 400 casas, lo que da una población total inferior a 4.000 habitantes.

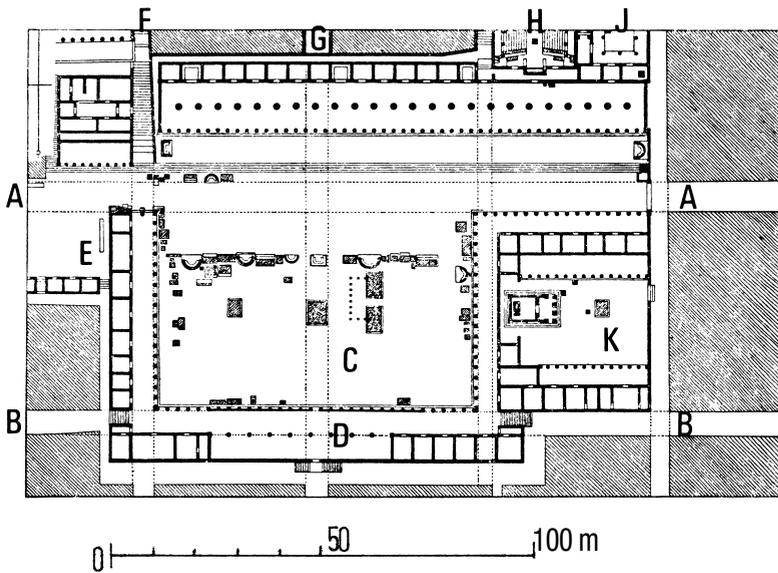


Fig. 2.11. Priene, plano de detalle del ágora (norte en la parte superior). A-A, calle mayor que atraviesa la ciudad de este a oeste; B-B, calle de la retícula que se prolonga por la stoa meridional, a la que se accede por unas escaleras; C, espacio del ágora principal; D, recinto porticado; E, mercado de la carne y el pescado; F, camino escalonado ortogonal en la ladera de la colina; G, la stoa norte; H, Bouleuterión; J, Pritaneo; K, templo de Zeus.

El ágora está en el centro de la ciudad, ocupa una superficie de dos manzanas enteras y parte de otra a ambos lados de la calle principal que conduce a la puerta occidental (fig. 2.12). Esta calle se ensancha frente al ágora, alcanzando una anchura de 9 m. A lo largo del lado norte una escalinata continua, formada por seis escalones que salvan un desnivel de 1,5 m, da acceso a la Stoa Sagrada (de 115 m de longitud) construida alrededor de 150 a. C. en sustitución de un edificio anterior. Detrás de este pórtico se emplaza la hilera de oficinas de los magistrados. El Bouleuterión y el Pritaneo se encuentran en el extremo este de

Fig. 2.12. Reconstrucción de Priene, un claro ejemplo de la forma de una pequeña ciudad griega de la época. La trama urbana, tupida pero ordenada, puede compararse con la de Erbil, su equivalente de crecimiento orgánico, que se muestra en la fig. 1.11. A, ágora; B, templo de Zeus; C, gimnasio; D, teatro; E, templo de Atenea; F, estadio; G, (extremo izquierdo) entrada principal a la ciudad (dibujo de A. Zippelius).

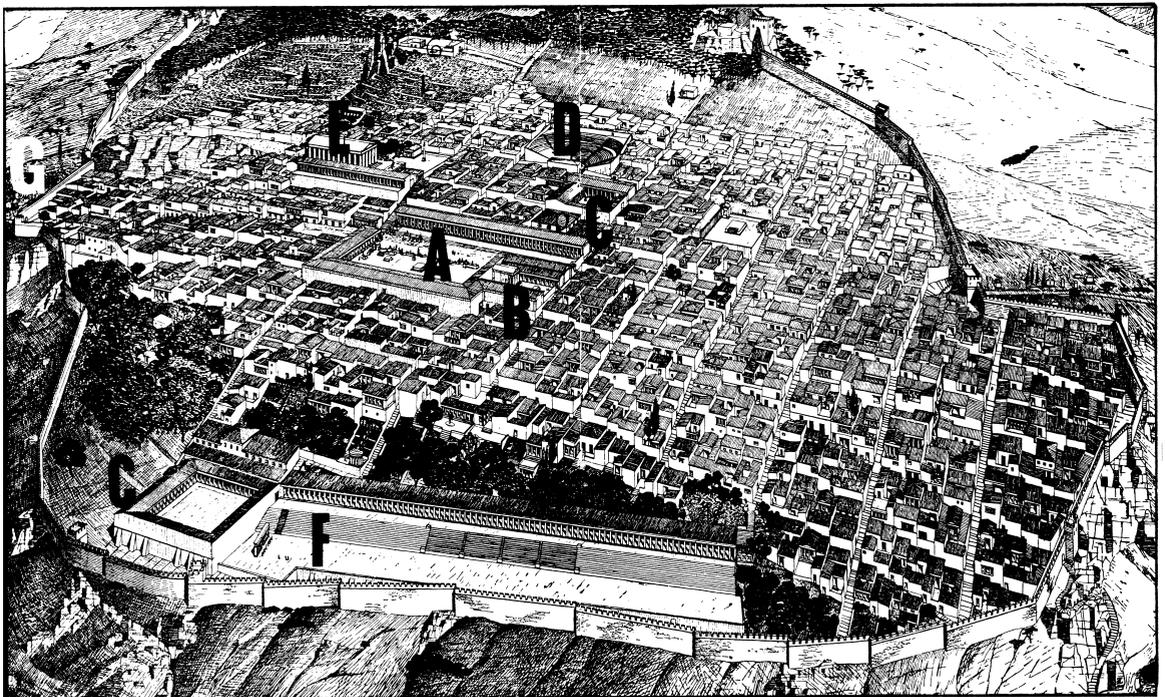
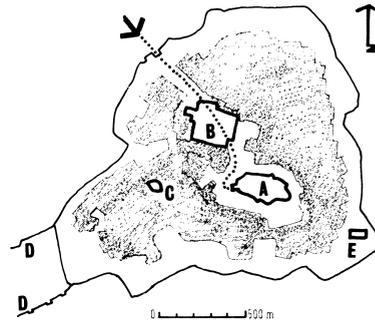


Fig. 2.13. Atenas. Plano general del siglo v a. C. que muestra las relaciones entre las principales zonas de la ciudad. A, Acrópolis; B, el ágora; C, el Pnyx; D, la "muralla larga" que llegaba hasta el Pireo; E, el Olimpeion. La línea punteada que atraviesa el sector noroeste de la ciudad, hasta la Acrópolis, muestra la vía de las Panateneas.



La proximidad al modo de vida rural explica en parte el carácter rudimentario de las viviendas y de las instalaciones sanitarias que caracteriza a las ciudades griegas hasta bien entrado el siglo IV e incluso más tarde. Las casas eran de construcción ligera de madera y arcilla secada al sol; las paredes eran endebles hasta tal punto que, para un ladrón, el modo más fácil de entrar en una casa consistía en perforar la pared. En lo que se refiere a la vivienda, las ciudades más grandes apenas fueron al principio algo más que aldeas hipertrofiadas; de hecho, y precisamente debido a este exceso de crecimiento y densidad de ocupación del suelo, fueron, ciertamente, mucho peores que las aldeas, pues carecían de los espacios abiertos del corral y del campo circundante. Así, la más alta cultura de la Antigüedad, la de Atenas, alcanzó su apogeo en una comunidad que desde el punto de vista del planeamiento urbano y de la higiene estaba deplorablemente atrasada. Las variadas instalaciones sanitarias de las que dos mil años antes se enorgullecían Ur y Harappa apenas existían en forma de vestigios en la Atenas del siglo V. Hasta el período helenístico, las calles de cualquier ciudad griega fueron poco más que callejones, y muchos de ellos eran meros pasajes de pocos pies de anchura. Desechos y basuras se amontonaban en las afueras de las ciudades, propiciando enfermedades y multiplicando las víctimas de la peste. La imagen estereotipada y en gran parte errónea de la "ciudad medieval", que aún aceptan muchas personas que debieran estar más enteradas, sería, de hecho, una imagen fiel de muchas de las ciudades en desarrollo en la Grecia de los siglos VI y V, especialmente en Ática y en el Peloponeso. Ciertamente, corresponde con mayor justicia a estas ciudades que a muchas poblaciones de la Europa Occidental del siglo XIII de la era cristiana.

Lewis Mumford,
La ciudad en la historia

la *stoa*. En el otro extremo (oeste), una escalinata de acceso conduce al pórtico occidental de la parte meridional al aire libre del ágora, un espacio de unos 75 x 45 m que, al principio, no poseía más que un altar en el centro, al que se fueron agregando en el transcurso del tiempo una serie de monumentos y estatuas. Justo al oeste del pórtico occidental se encuentra el mercado central de alimentos. El pórtico se prolonga a lo largo de los lados sur y este del espacio, y luego gira hacia el este dando frente a la *stoa* sagrada, situada al otro lado de lo que en realidad es una calle porticada de 42 m de longitud. El templo de Zeus se halla emplazado en su propio recinto religioso inmediatamente al este. Los principales edificios cívicos están en su mayoría en el lado norte de la calle principal.

Atenas: crecimiento orgánico

En contraste directo con Mileto y otras ciudades griegas del siglo V a. C. resultantes de un planteamiento sistemático, Atenas nunca fue objeto de un planeamiento de conjunto. Al igual que en Mileto se presentó una oportunidad de reconstrucción global tras ser devastada durante las Guerras Médicas pero, tal vez a causa de su mayor tamaño o por la necesidad de una reconstrucción inmediata, los atenienses prefirieron restituir la ciudad según su antigua forma. Los dos principales grupos de edificios cívicos, la Acrópolis y el ágora, fueron reconstruidos con gran esmero, poniendo considerable atención a las relaciones espaciales, pero en ambos casos sus trazados estuvieron determinados por imperativos heredados. Siglos más tarde y por razones similares, la ciudad de Roma tampoco renunció a su estructura de crecimiento orgánico, aunque contenía asimismo una serie de grupos de edificios metódicamente dispuestos.

La Acrópolis de Atenas, emplazamiento del núcleo del poblado neolítico de la ciudad, debió constituir una de las mejores fortalezas naturales del mundo antiguo. En su punto más alto, el nordeste del Partenón, se eleva unos 90 m sobre el nivel general de la llanura con escarpadas laderas rocosas en todos sus lados excepto al oeste, donde existe una pendiente accesible. Es de forma irregular, de aproximadamente 320 x 130 m, con la dimensión alargada orientada de este a oeste. La Acrópolis está situada a unos 6 km del mar Egeo, en la llanura del Ática (fig. 2.17). Además de la Acrópolis había otras cuatro colinas dentro del

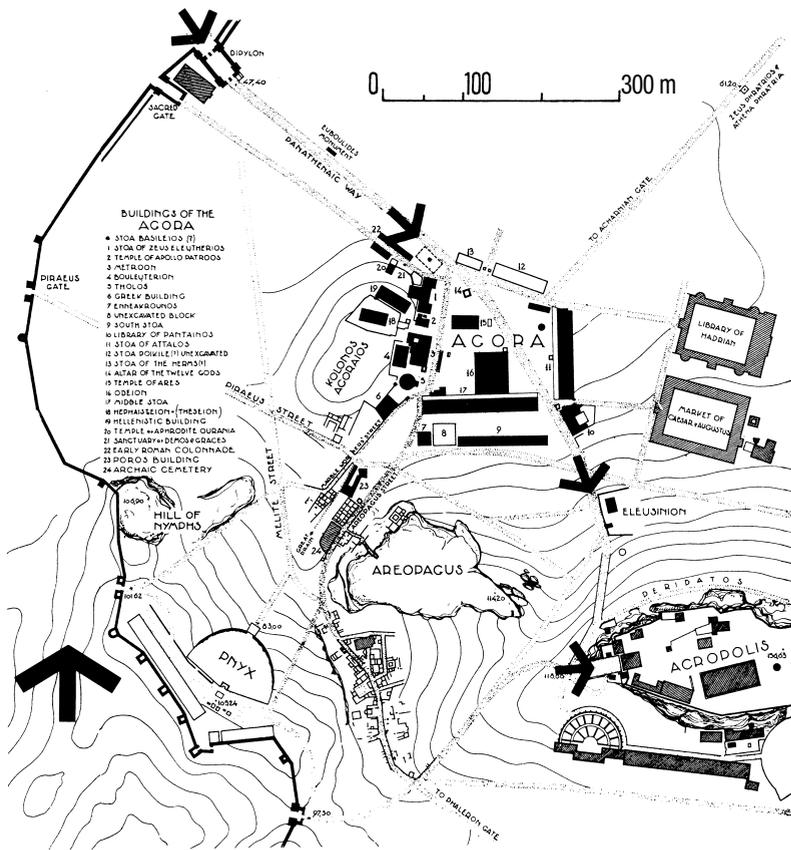


Fig. 2.14. Plano de detalle del sector noroeste de Atenas durante el siglo II d. C. El ágora se mantiene en su forma definitiva con la "inmensa y pesada estructura del Odeón" (Edmund Bacon) y la de la stoa, insertada en el espacio central. Las flechas muestran el recorrido de la vía de las Panateneas. Al este del ágora pueden apreciarse dos importantes edificios romanos: la biblioteca de Adriano y el mercado de César Augusto. Al sur de la colina del Aerópago aparece el típico grupo lineal de viviendas de crecimiento orgánico. Este era el modelo general de vivienda en Atenas.

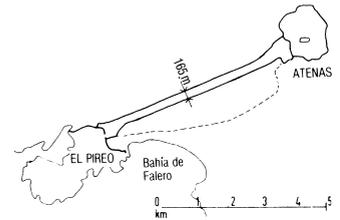


Fig. 2.15. Plano esquemático de Atenas y del Pireo que muestra la línea de la "muralla larga" y la de una posible muralla anterior (línea de trazos discontinuos). La "muralla larga" encerraba un corredor protegido de unos 6 km de longitud y de unos 165 m de anchura media.

recinto definido por las antiguas murallas, y la ciudad que hoy ocupa la mayor parte de la llanura del Ática está rodeada por un anfiteatro de montañas, todas ellas relativamente próximas, con el monte Himeto al este a apenas 8 km del centro.³⁶

Desde épocas muy lejanas, el ser humano se sintió atraído por esta zona debido a la presencia de manantiales de agua dulce: se sabe que ya estuvo ocupada hacia 2800 a. C., aunque la fecha tradicionalmente aceptada para la fundación de Atenas es 1581 a. C., año en que se estableció el culto a Atenea en la Acrópolis.³⁷ Al principio la ciudad estuvo confinada a su emplazamiento en la cima de la colina y el principal camino de acceso a aquella serpenteaba por la ladera occidental.

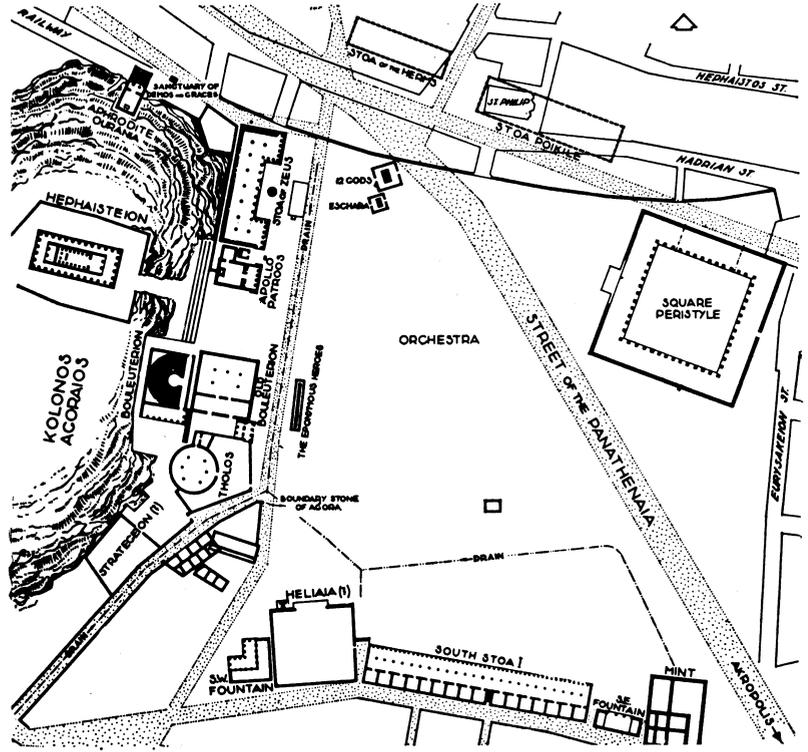
Después de la unificación de Ática bajo la hegemonía de Atenas en el siglo VIII a. C., la ciudad fue creciendo constantemente en autoridad y extensión. Nuevos barrios de viviendas, surgidos de manera anárquica en la llanura que rodea la parte baja de las laderas de la Acrópolis, fueron agregándose al primitivo núcleo; la Acrópolis fue asumiendo paulatinamente la función de recinto religioso que habría de conservar a lo largo de toda la historia antigua de la ciudad. La zona del ágora se desarrolló a partir del lugar donde se celebraba el mercado y se daban cita los ciudadanos, situado en el punto donde la vía de las Panateneas iniciaba su ascensión por la ladera occidental de la Acrópolis (fig. 2.14).

Al principio, la flota ateniense tenía su base en la bahía de Falero, que gracias a sus playas arenosas en suave declive se adaptaba

En algún momento entre los siglos II y I a. C., Dicearco pudo observar: "El camino que conduce a Atenas es agradable, pues discurre entre campos cultivados durante todo el trayecto. La ciudad es seca y no posee un suministro de agua suficiente. Las calles no son más que viejos miserables pasajes, las casas son de ínfima calidad y entre ellas destacan algunas algo mejores. Al llegar a la ciudad por primera vez, al forastero le resultará difícil creer que esta es la Atenas de la que tanto ha oído hablar". Lo mejor que puede decirse de la situación de la vivienda en Atenas es que los barrios de los ricos y de los pobres estaban pegados uno al otro, y a excepción tal vez de su tamaño y del mobiliario contenido en su interior, unas casas apenas si se diferenciaban de las otras. En el siglo V, una noble pobreza era más estimada que una innoble riqueza, y los honores públicos y la reputación de la familia tenían más peso que la fortuna personal.

Lewis Mumford,
La ciudad en la historia

Fig. 2.16. Atenas. La zona del ágora durante el siglo III a. C. (compárese con la fig. 2.14 que muestra la forma definitiva de la antigua ágora en el siglo II d. C.). La vía de las Panateneas que conduce hasta el extremo occidental de la Acrópolis, se desviaba al norte y al este a causa de una estribación de terreno elevado (a la izquierda del plano), a lo largo de cuyo lado oriental se habían construido los primeros edificios del ágora. No se ha podido determinar la naturaleza exacta de los edificios situados en los lados norte y este del ágora durante este período. La *stoa* de Atalo, que formaba el lado este de la ordenación definitiva del ágora, no fue construida hasta el siglo II d. C. (véase en Edmund Bacon, *Design of Cities*, una serie de planos que muestran la evolución del ágora ateniense).



admirablemente para varar los barcos de acuerdo con las costumbres de aquellos tiempos.³⁸ Cuando la ciudad se convirtió en una importante potencia naval, con una flota de 200 naves, se hizo necesario un fondeadero de carácter permanente, y en 493 se eligió la península del Pireo como sede para una nueva base naval fortificada. Para solventar el problema de asegurar el acceso entre Atenas y su puerto en tiempos de guerra, Temístocles propuso trasladar la ciudad al Pireo. Pericles llevó a término esta propuesta, alrededor de 456 a. C., cuando construyó la “muralla larga” que enlazaba ambos núcleos. Las murallas norte y sur tenían un longitud de 7,2 y 6,4 km respectivamente. Se sabe que Hipodamo fue el autor del trazado del Pireo de mediados del siglo V, confiriéndole su estructura reticular y, al parecer, una disposición poco común, con dos ágoras, una junto al mar y otra tierra adentro.

Al llegar a las inmediaciones de la Acrópolis, la vía de las Panateneas se desviaba hacia el nordeste a causa de un espolón de terreno más elevado que descendía en dirección norte desde la colina de Aerópago. Los primeros edificios cívicos estaban situados a lo largo de la ladera oriental de esta estribación, fijando con ello la base del emplazamiento del ágora, orientada según los cuatro puntos cardinales y atravesada en diagonal por una ruta ceremonial. Los restos más antiguos que se conocen pertenecen posiblemente al siglo VII a. C., pero la mayoría de los monumentos del ágora arcaica datan del siglo VI. La historia posterior del ágora puede dividirse en tres fases diferentes: la clásica, del siglo V; la helenística, del siglo II a. C., y la romana, del siglo II d. C.

Los primeros edificios del ágora fueron en su mayor parte destruidos por los persas; la reconstrucción subsiguiente fue lenta, pero

En Atenas, la victoria alcanzada sin ayuda de nadie sobre las huestes persas en la batalla de Maratón, el 11 de octubre de 490 a. C., proporcionó el motivo para un renacimiento arquitectónico. Otro factor que contribuyó al mismo fue la apertura, por aquellos años, de las canteras de mármol del Pentélico, en las afueras de Atenas; hasta entonces se había extraído muy poco material de allí, y había sido necesario transportar el mármol destinado a fines arquitectónicos y escultóricos desde las islas, y, en particular, desde Paros, a un coste considerable, por lo que se había empleado con suma moderación. La conjunción de estos acontecimientos preparó el terreno para un proyecto, probablemente auspiciado por Aristides, para la reconstrucción de la Acrópolis con un material sin par en el mundo griego.



Fig. 2.17. Atenas. Vista aérea de la Acrópolis, desde el suroeste; en primer plano, las ruinas parcialmente restauradas del teatro de Herodes, de época romana.

hacia finales del siglo V quedó completada el ágora ateniense clásica (fig. 2.16). La mayoría de los edificios se erigían sobre los emplazamientos que habían ocupado anteriormente. En el lado occidental figuraban el Tolos (sala circular del consejo, en la esquina suroeste); el antiguo Bouleuterión, con el nuevo detrás, algo más arriba en la ladera; y el emplazamiento del Metroón (un templo especial) que no fue construido hasta más tarde y que constituía la parte mayor de la explanada situada frente al Hefestión. Este imponente templo dórico (hacia 428 a. C.) se conserva, casi intacto, en la cima del espolón dominando el centro del ágora desde poniente. El templo de Apolo, al norte del eje del Hefestión, no fue reconstruido hasta el siglo IV. El último edificio en este lado era la *stoa* de Zeus. Frente a este, junto a la vía de las Panateneas, se consagró un altar a finales del siglo VI como hito central del sistema viario ático, en señal de que el lugar se consideraba centro no solo de Atenas, sino de toda el Ática.³⁹

Poco se sabe de los edificios de los lados norte y este. Existen evidencias de un peristilo cuadrado en el punto de intersección de ambos —posiblemente un tribunal de justicia—, pero no llegó a terminarse. Hacia el sur había una serie de edificios: la *stoa* central, de finales del siglo V, flanqueada por la casa de moneda al este y, posiblemente, un tribunal de justicia al oeste. “Hacia el siglo II a. C., el ágora quedó enmarcada por la *stoa* de Atalo (al este); una prueba más de que nada más lejos de la intención de la Atenas arcaica y clásica que la creación de una plaza regularizada, cerrada o semicerrada”.⁴⁰ Parece ser que en el ágora clásica no estaban permitidos los edificios. Parte de la superficie se destinaba a representaciones teatrales hasta que se construyó un